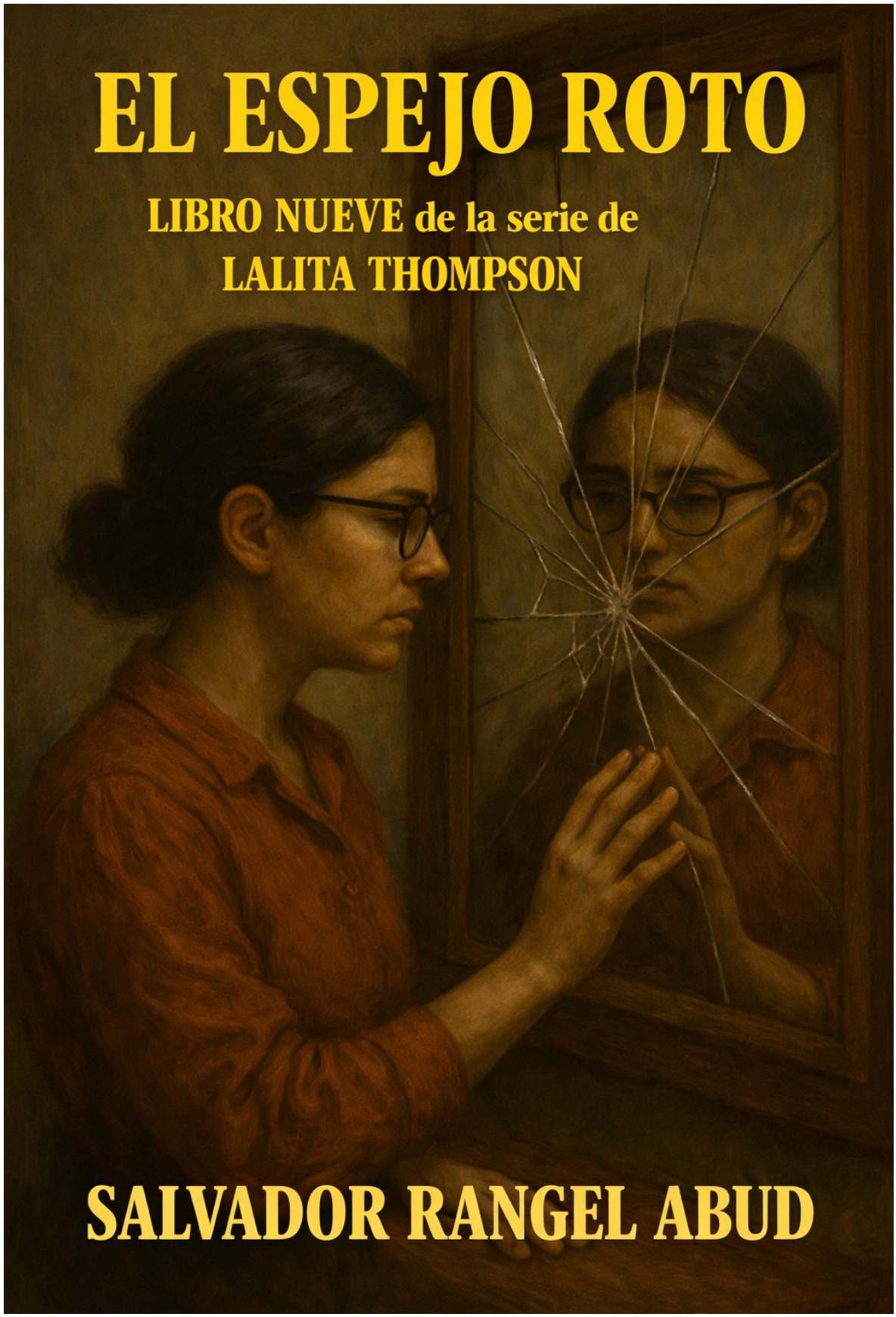
EL ESPEJO ROTO
LIBRO NUEVE de la serie de
LALITA THOMPSON
SALVADOR RANGEL ABUD

EL ESPEJO ROTO

Novena aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

SINOPSIS

Un martes ordinario en la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac se convierte en otra cosa cuando Ramiro del Río, asistente de investigación del departamento de Neurociencias, aparece muerto. Sobredosis, dice la nota. Suicidio, dice todo el mundo. Lalita Thompson, que lleva años aprendiendo a leer lo que los demás no ven, escucha el rumor y detecta algo que no encaja: el laboratorio está demasiado ordenado, la nota tiene demasiada gramática, y alguien limpió antes de que llegara la policía.

La investigación la lleva hasta Carlos Arteaga, estudiante brillante de Neurociencias, con quien establece una relación tan intelectualmente estimulante como perturbadora. Carlos es agudo, encantador, capaz de anticipar los pensamientos de Lalita antes de que los formule. Y Lalita, que ha entrenado su mente para detectar manipulación, empieza a notar que la están manipulando a ella.

El caso revela algo más que un crimen: revela un patrón de control psicológico sistemático, gaslighting *(forma de manipulación psicológica en la que una persona hace que otra dude de su propia percepción de la realidad, su memoria o su juicio)* llevado a su expresión más calculada, ejercido sobre personas cercanas a Carlos con resultados devastadores. Cuando Lalita finalmente lo expone, el costo no es solo profesional. Es personal. Porque Carlos, antes de que lo lleven, le dice algo que ella no puede olvidar: que la única razón por la que pudo encontrarlo es que piensa exactamente como él.

Y en sus momentos más honestos, en las noches de insomnio, sabe que no miente.

GÉNERO Y SUBGÉNERO

Ficción — Thriller psicológico — Misterio universitario — Retrato de manipulación y gaslighting — Exploración del límite entre investigadora y sujeto investigado

---

PERFIL DE LA PROTAGONISTA

Eulalia "Lalita" Thompson, estudiante avanzada de psicología desarrollando su tesis sobre conducta no verbal y estrés moral. Esta entrega la encuentra en el momento más vulnerable de su formación: suficientemente entrenada para ver la manipulación, pero también suficientemente cercana al caso para no ser inmune a ella. La libreta

amarilla registra aquí no solo observaciones sobre el exterior sino preguntas cada vez más incómodas sobre el interior.

Zoé Rivera aparece como ancla de normalidad en un caso que amenaza con llevarse a Lalita a zonas que no había visitado antes. El doctor Salcedo, su asesor de tesis, cumple función de límite institucional. Pero el personaje central junto a Lalita es Carlos: no antagonista unidimensional sino mente que funciona como espejo deformante, capaz de mostrarle a Lalita facetas de sí misma que preferiría no ver.

TEMÁTICA CENTRAL

La novela explora el gaslighting como tecnología de control: cómo una mente entrenada puede sistemáticamente alterar la percepción de otra, borrar sus certezas, convencerla de que lo que sabe no es lo que sabe. Pero la pregunta más profunda no es cómo Carlos lo hace con sus víctimas, sino qué revela sobre Lalita el hecho de que pueda seguirle el ritmo. La novela examina el costo cognitivo de entender demasiado bien una mente peligrosa, y la pregunta que no tiene respuesta cómoda: ¿en qué se convierte el investigador cuando el método de investigación lo transforma?

MENSAJE IMPLÍCITO

Atrapar al monstruo no es el final de la historia. A veces es el principio de otra, más íntima y más difícil. El conocimiento tiene precio, y el precio de conocer cómo funciona una mente que opera sin límites éticos es llevar algo de esa lógica dentro. No como condena, sino como advertencia permanente. La diferencia entre Lalita y Carlos no es de capacidad sino de elección. Y esa diferencia, frágil como un espejo, hay que cuidarla todos los días.

ESTRUCTURA Y EXTENSIÓN

La novela se compone de ocho capítulos de entre 1,370 y 1,810 palabras más un epílogo situado seis meses después del desenlace, donde Lalita acepta la visita que sabe que no debería aceptar. Extensión total aproximada: 14,100 palabras. El ritmo alterna entre la investigación activa y momentos de reflexión cada vez más perturbadores, donde las observaciones numeradas en la libreta amarilla dejan de ser solo herramienta y se convierten en evidencia de lo que el caso está haciendo con quien lo investiga.

PÚBLICO LECTOR

Lectores de 16 años en adelante con interés en psicología, thriller psicológico y los dilemas morales que no tienen resolución limpia. Esta

es la entrega más oscura de la serie en términos del arco emocional de la protagonista: Lalita no sale igual de como entró, y el libro no finge que sí. Recomendada especialmente para lectores interesados en psicopatía, manipulación psicológica y la psicología del investigador forense.

VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO

La novela introduce de forma narrativa el concepto de gaslighting —sus mecanismos, sus etapas, sus efectos sobre la percepción y la memoria— así como nociones de psicopatía funcional, manipulación cognitiva y disonancia moral. El lector aprende a identificar patrones de control psicológico no a través de exposición clínica sino a través de la experiencia de Lalita: viviendo el proceso desde adentro, sintiéndolo antes de nombrarlo. La pregunta final sobre los límites entre investigador y sujeto, entre empatía funcional y identificación peligrosa, abre reflexión que va mucho más allá del caso.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y doctorando en ciencias en el Instituto Nacional de Salud Pública. Es también escritor aficionado con más de cien novelas publicadas en distintos géneros, en las que combina su formación científica con su vocación narrativa para crear obras que entretienen y enseñan al mismo tiempo. La serie de Lalita Thompson nace de su convicción de que la mejor literatura no simplifica el mundo: lo revela con la precisión de quien lo ha observado desde adentro.

PALABRAS CLAVE

Thriller psicológico — Gaslighting — Manipulación psicológica — Psicopatía — Misterio universitario — Control mental — Disonancia moral — Psicología forense — Identidad — Límites éticos — TOC funcional — Investigadora — Serie de novelas — Literatura — México — Mente criminal — Espejo — Autodestrucción — Cognición

---

NOTA DE PUBLICACIÓN Y LICENCIA

Esta obra se publica en acceso abierto a través de Internet Archive como parte del compromiso del autor con la democratización de la lectura y el acceso libre a la cultura.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud © Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 Atribución — No Comercial — Sin Derivadas

Usted es libre de descargar, almacenar y distribuir esta obra, siempre que: — Se acredite al autor (Salvador Rangel Abud) de manera apropiada. — No se utilice con fines comerciales. — No se modifique, adapte ni genere obra derivada a partir de este material.

Para consultar el texto completo de la licencia:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

CITA REPRESENTATIVA

"El mayor horror no es descubrir al monstruo. Es descubrir cuánto de él vive en ti." — Eulalia "Lalita" Thompson, Observación #38

PRÓXIMA ENTREGA

El precio del Regreso — Décima y última aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

---

Serie Las investigaciones de Lalita Thompson — No. 9/10

wrangel.1352@gmail.com — CC BY-NC-ND 4.0

INDICE

1. El eco de una mente brillante
2. Juegos de control
3. El gaslighting perfecto
4. El cadáver en el espejo
5. Deducción o tentación
6. La trampa del espejo
7. El reflejo roto
8. El precio de la verdad
Epílogo: Observación final

CAPÍTULO 1

El eco de una mente brillante

La mañana del “suicidio” en el edificio de Neurociencias no empezó distinta de cualquier otra en la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac. Cafés desbordando azúcar, el aroma industrial de marcadores viejos y la algarabía académica de quienes creen que la vida se mide en calificaciones. Solo había una diferencia: ese día, el campus olía a tragedia y curiosidad mezcladas.

Lalita Thompson, que tenía talento para detectar anomalías humanas con la precisión de un microscopio, lo supo antes de que el rumor la alcanzara. La conversación en los pasillos no era de chisme, sino de catarsis colectiva. Había un tono demasiado excitado en las voces, como si el dolor ajeno fuera el descanso perfecto antes del examen de neuropsicología.

—¿Ya supiste? —preguntó Zoé, su amiga del laboratorio, jadeando después de subir tres pisos—. El asistente de investigación, Ramiro del Río, se mató anoche. Sobredosis.

—¿Seguro que fue sobredosis? —replicó Lalita sin levantar la vista de su café.

—Lo dijeron los de mantenimiento. Lo encontraron esta mañana con los frascos vacíos. Había dejado una nota.

—Las notas falsas suelen tener buena gramática —murmuró Lalita—. Las auténticas apenas tienen coherencia.

Zoé la miró de reojo. —A veces olvido que hablas en modo autopsia antes del desayuno.

—No soy morbosa, soy observadora empírica.

Y en efecto, lo era. Desde que cursaba segundo año había desarrollado un pasatiempo peculiar: adivinar mentiras mediante microexpresiones. Había logrado que sus profesores pidieran informes sin mirarla directamente. Su tesis en ciernes, “Conducta no verbal en sujetos bajo estrés moral”, prometía ser su boleto de salida al mundo académico. Pero el caso de Ramiro encendía algo más profundo: una alarma.

A las once de la mañana, la cinta amarilla bloqueaba el acceso al laboratorio principal. La prensa universitaria tomaba fotos desde ángulos torpes, y la decana de Ciencias fingía calma detrás de unas gafas enormes. Lalita se abrió paso entre los curiosos como si el protocolo no existiera.

—Prohibido el paso, Thompson —advirtió el guardia, un hombre de bigote paternalista.

—Solo voy a ver por curiosidad científica —respondió ella con una sonrisa que no admitía réplica—. Prometo no tocar el cadáver.

El guardia suspiró y se hizo a un lado. Nadie desobedecía a Lalita por malicia; lo hacían porque su tono sonaba peligrosamente lógico.

El laboratorio estaba impecable. Demasiado. El orden era el de alguien que teme ser malinterpretado incluso después de muerto. Los frascos de vidrio alineados como soldados, los papeles con fórmulas químicas impecablemente ordenados, y sobre la mesa, una libreta de tapas azules donde Ramiro había garabateado una palabra: conducta inducida.

Lalita anotó mentalmente. Las palabras dicen mucho, pero los garabatos dicen la verdad.

Observación #1: los suicidas dejan caos, no simetría.

Hipótesis inicial: alguien quiso escenificar una mente en desorden.

El sonido del aire acondicionado la sobresaltó. Y después, otro ruido, más humano: pasos.

—No deberías estar aquí —dijo una voz detrás de ella, baja, firme, con ese tipo de autoridad que solo tiene quien no la necesita.

Lalita se giró. En el umbral del laboratorio había un joven alto, de cabello oscuro y rizado, con bata blanca sin manchas y una credencial colgando del cuello: Carlos Arteaga. Doctorado en Neurociencias Aplicadas.

—¿Y tú sí deberías? —preguntó ella, cruzándose de brazos—.

—Estoy colaborando con la investigación. Era mi asistente.

—¿Tu asistente o tu sombra?

Carlos sonrió apenas, con esa clase de sonrisa que no ilumina el rostro sino que lo disecciona. —Depende de quién lo cuente.

El silencio que siguió fue de esos que se estiran hasta parecer inteligentes. Lalita lo aprovechó para analizarlo: la mirada fija, sin parpadeo innecesario; los hombros relajados; las manos quietas, demasiado quietas. No era un hombre nervioso, sino un hombre entrenado para no parecerlo.

—Lalita Thompson —dijo finalmente, extendiendo la mano—. Psicología. Último año. Y curiosa profesional.

—Carlos Arteaga —replicó él, aceptando el saludo—. Neurociencias. Cínico ocasional.

La temperatura bajó un grado.

Ella apartó la mirada hacia la mesa. —No parece suicidio.

—¿No? —preguntó él con interés genuino—. Y eso lo deduces porque…

—Porque el orden es patológico. Nadie que va a morir limpia primero el microscopio.

Carlos se acercó lentamente. —O tal vez lo limpió para no dejar evidencia.

—¿Evidencia de qué?

—De que la decisión fue un experimento.

La palabra *experimento* se deslizó como un escalofrío. Lalita lo observó en silencio. En ese instante comprendió que no hablaba con un simple investigador: hablaba con alguien que pensaba en términos de causa y control.

Observación #2: su tono no revela tristeza, sino fascinación. Los verdaderos depredadores confunden empatía con estadística.

—¿Lo conocías bien? —preguntó ella.

—Lo suficiente para saber que era brillante. Y que la brillantez es un veneno lento si no se maneja con dosis.

—Hablas como si lo hubieras recetado tú.

—Solo observé su deterioro —respondió, con ese aire clínico que convierte el dolor ajeno en dato científico—. Últimamente no dormía, repetía que la conciencia humana era una ilusión.

—Eso lo dicen todos los doctorandos antes del examen de grado.

Carlos rio suavemente. —Tienes razón. Pero Ramiro no bromeaba. Estaba… probando hipótesis extremas.

Lalita frunció el ceño. —¿Qué clase de hipótesis?

—Que la conducta puede inducirse. Que el libre albedrío es una variable experimental.

Ella lo miró incrédula. —¿Y tú crees en eso?

—Creo que la moral es un mecanismo de control, no de libertad.

Un segundo de silencio, pesado como plomo. Lalita cerró su libreta.

—Bonito pensamiento para poner en tu perfil profesional.

—Solo si no temo que alguien lo lea fuera de contexto.

“Y tú no temes nada”, pensó ella.

El guardia asomó la cabeza. —Thompson, ya fue suficiente.

—Cinco minutos más —pidió.

—Ya pasaron diez.

—Los experimentos de campo no respetan el tiempo, señor Mendoza.

Carlos la observó con ligera diversión. —¿Te consideras experimento u observadora?

—Depende de quién lo cuente —repitió ella, devolviéndole la sonrisa.

Cuando salió del laboratorio, el aire del pasillo le pareció denso. Caminó despacio hacia la cafetería, repasando cada gesto de Carlos. Tenía la precisión de un cirujano emocional. Lo que más le inquietaba era su ausencia de vacíos. Las personas normales titubean; él no. Era como si cada respuesta hubiera sido premeditada años antes de que alguien formulara la pregunta.

En la cafetería, Zoé ya la esperaba. —¿Entonces? ¿Confirmas lo del suicidio?

—Confirmo que murió alguien, no cómo.

—Lali, a veces pareces disfrutar de los cadáveres más que de los vivos.

—Los cadáveres no mienten —dijo sin ironía.

Pidió café. Tres azúcares, como siempre. Mientras lo removía, pensó en la mirada de Carlos. No había tristeza ni culpa, solo curiosidad. Y recordó una de las frases de su profesor de Psicología Criminal: *los psicópatas no sienten remordimiento, sienten interés.*

La idea la persiguió todo el día. Esa noche, en su cuarto, abrió su libreta amarilla y escribió:

Observación #3: conocí a alguien que no parpadea lo suficiente.

Posible hipótesis: el parpadeo disminuye cuando la mente miente.

Anexo: Carlos Arteaga —coeficiente estimado: alto; empatía: baja; fascinación por el control: peligrosa.

Intentó dormir, pero los pensamientos la mantenían despierta. ¿Y si el suicidio de Ramiro era parte de un experimento? ¿Y si alguien había querido probar que podía inducir una conducta autodestructiva solo con manipulación emocional?

La idea era tan perturbadora como fascinante.

A la mañana siguiente, la decana convocó una reunión. Todos los del laboratorio debían presentarse a declarar. Lalita asistió, aunque no pertenecía oficialmente al equipo. La sala olía a aire acondicionado y culpa institucional.

El inspector de la universidad leyó su lista: “Ramiro del Río, fallecido. Carlos Arteaga, investigador principal. Varios testigos menores.”

Carlos estaba allí, impecable, con una serenidad casi ofensiva. Cuando le pidieron su versión, habló sin tropiezos: Ramiro había mostrado signos de depresión, había discutido sobre ética experimental y, la noche anterior, le envió un correo titulado “fin del ensayo”. Todo apuntaba a un suicidio voluntario.

Lalita pidió la palabra. —¿Puedo hacer una pregunta?

El inspector la miró con fastidio. —Solo si es relevante.

—¿Alguien verificó el correo de Ramiro? —preguntó—. ¿O simplemente asumimos que lo escribió él?

Carlos la observó con una sonrisa leve, como si hubiera esperado esa pregunta. —El correo salió de su cuenta, a las dos de la mañana. Nadie más tenía su clave.

—Las contraseñas se comparten más fácil que las culpas —replicó ella.

El murmullo en la sala fue inmediato. El inspector la reprendió: —Señorita Thompson, esto no es una investigación oficial.

—No aún —respondió, sin apartar la mirada de Carlos.

Él inclinó apenas la cabeza, en gesto de reconocimiento. Había encontrado a su oponente.

Horas después, cuando todos se dispersaron, Carlos la alcanzó en el estacionamiento.

—Tu curiosidad es peligrosa —dijo.

—La mía o la tuya.

—Las dos. Pero la diferencia es que yo la controlo.

Lalita guardó silencio. Había algo en su tono, una mezcla de advertencia y halago.

—¿Sabes lo que más me gusta de la psicología, Lalita? —preguntó él.

—Ilumíname.

—Que permite mentir científicamente.

Se despidió con una inclinación casi cortés y se alejó.

Lalita permaneció inmóvil un largo rato. Supo, con la certeza que solo da la intuición, que acababa de conocer a alguien peligroso. Pero también supo que no podría evitar seguirlo. Era su primer verdadero caso, aunque aún no lo supiera.

Esa noche escribió la última nota del día:

Observación final: “La mente brillante siempre deja eco. Y el eco que hoy escuché no venía del laboratorio. Venía del espejo.”

CAPÍTULO 2 — Juegos de control

A veces, las grandes guerras empiezan con un correo electrónico. En este caso, el correo decía simplemente:

“Interesante tu observación sobre los suicidios ordenados.

Si te interesa discutir teoría conductual aplicada, estaré en el laboratorio 3 a las seis. (firmaba tan solo) “—S.”

Lalita lo leyó tres veces. No por lo que decía, sino por lo que omitía. No había saludo ni despedida. Ni un solo adjetivo. Era el tipo de mensaje que no busca conversación, sino reacción.

Se juró no contestar. Diez minutos después, estaba planeando qué ponerse.

Era martes, tarde lluviosa, y la universidad olía a humedad y tensión pre-exámenes. Lalita caminó por el pasillo vacío con el corazón un poco acelerado y la mente dividida entre la curiosidad y la cordura. “Solo observación empírica”, se repitió. “No flirteo académico con potencial homicida.”

El laboratorio 3 estaba medio iluminado. Carlos la esperaba inclinado sobre una mesa llena de gráficos neuronales y tazas de café frías. Levantó la vista con una calma estudiada.

—Llegaste puntual. Me agrada la gente que respeta la variable tiempo.

—Yo prefiero controlar la variable espacio —replicó ella—. Por eso me quedo cerca de la puerta.

Él sonrió apenas, como si hubiera previsto la respuesta.

—No te preocupes, Thompson. No acostumbro a encerrar a nadie.

—Ni matarlos, espero.

—Depende de la hipótesis —dijo, y volvió a sonreír.

Lalita se sentó frente a él con su libreta amarilla. En la primera página escribió: *“Sesión 1. Sujeto: Arteaga, Carlos. Estado inicial: encantador con propósitos desconocidos.”*

—Entonces, ¿de qué querías hablar? —preguntó.

—De control —respondió él, encendiendo la pantalla de su laptop—. Es el fundamento de toda conducta. La gente cree que actúa libremente, pero en realidad solo responde a estímulos.

—¿Y tú qué estímulo crees que soy yo?

—Uno que todavía no clasifico.

Ella alzó una ceja. —¿Te dedicas a clasificar mujeres o mentes?

—Mujeres con mentes interesantes.

El silencio posterior no fue incómodo, sino eléctrico. Lalita observó cómo sus dedos se movían apenas sobre el teclado, sin error ni duda. Cada gesto suyo era un argumento no verbal.

Observación #4: los narcisistas de alto coeficiente intelectual se comportan como si el mundo fuera una tesis que deben corregir.

—Supongo que me trajiste aquí para demostrarme algo —dijo ella finalmente.

—No. Para comprobar si me equivoco contigo.

—Buena suerte. Hasta ahora, la mayoría ha fracasado.

Él apagó la pantalla y la miró directamente. —Ramiro hablaba de ti, ¿sabes?

—¿De mí?

—Decía que te admiraba. Que eras demasiado perceptiva para ser feliz.

Lalita tragó saliva. No esperaba eso. —¿Y tú qué opinas?

—Opino que la percepción es una forma de castigo. Ver más implica sufrir antes.

—¿Y tú ves mucho o nada?

—Demasiado —dijo, y por primera vez en su voz se filtró una nota de cansancio real. Un matiz humano.

Lalita lo observó con atención. Era la primera grieta en la máscara. Pequeña, pero suficiente para asomarse.

—¿Por eso estudias la mente? —preguntó ella—. ¿Para entender la tuya?

Él se inclinó hacia adelante, con la mirada fija. —Para controlarla.

Observación #5: los que más hablan de control son los que lo perdieron hace tiempo.

Lalita cambió de tema. —He estado leyendo tus artículos. Muy interesantes. Especialmente el que dice que la moral es un constructo útil, pero innecesario.

—¿Innecesario? No exactamente. Solo digo que el cerebro moral es una adaptación social, no una brújula interna.

—O sea, que matar no sería malo si se hiciera con un propósito racional.

—Depende de quién defina “racional”.

—Espero que no seas tú.

Carlos soltó una risa breve. —Tranquila, no pienso matar a nadie hoy.

—¿Y mañana?

—Mañana lo decido científicamente.

Ella fingió una sonrisa. “Perfecto”, pensó, “he logrado convertirme en confidente de un posible psicópata con sentido del humor.”

El diálogo continuó durante horas. Pasaron de teorías de Skinner a ética kantiana, de la dopamina al libre albedrío. Lalita se dio cuenta de que, a pesar de su desconfianza, disfrutaba el intercambio. Carlos era

intelectualmente desafiante, el único capaz de seguirle el ritmo sin perder ironía. Y eso, más que peligroso, era adictivo.

A las nueve, el guardia golpeó la puerta. —Hora de cerrar.

Lalita recogió su libreta. —Gracias por la lección de filoZoé homicida.

—Gracias por no huir —replicó Carlos.

Ella lo miró con sorna. —No confundas curiosidad con confianza.

—No lo hago. Confío en que tu curiosidad te traerá de vuelta.

Y, lamentablemente, tenía razón.

Durante las siguientes semanas, Lalita y Carlos se convirtieron en una anomalía académica. Almorzaban juntos entre experimentos, discutían tesis en los pasillos, intercambiaban artículos y sarcasmos. El rumor de su "sociedad intelectual" se extendió, y algunos compañeros comenzaron a bromear llamándolos *la doctora Watson y su asesino en potencia*.

Lalita fingía reír, pero cada día sentía más el peso de su fascinación. Había en Carlos una claridad que rozaba el peligro. No era un hombre violento, al menos no físicamente; su arma era la mente, y su objetivo, la verdad desnuda de las personas.

Una tarde, en la cafetería, él le dijo sin preámbulos:

—Tú analizas microexpresiones, ¿cierto?

—Culpa profesional.

—Entonces mírame. ¿Qué ves?

Lalita sostuvo su mirada durante unos segundos. Notó el parpadeo controlado, la comisura de los labios tensa, la respiración casi imperceptible. Todo en él gritaba *autocontrol forzado*.

—Veo a alguien que teme perder poder.

—¿Sobre ti?

—Sobre sí mismo.

Carlos inclinó la cabeza, divertido. —Eso fue casi una provocación.

—Solo observación empírica.

—Entonces permite una mía —dijo él, acercándose un poco—: Veo a una mujer que usa la ironía como chaleco antibalas.

Lalita lo miró con frialdad. —Y funciona.

—Hasta que alguien apunta al corazón.

Por primera vez, ella no tuvo respuesta.

Observación #6: algunos halagos suenan como diagnósticos.

El punto de quiebre llegó un viernes. Carlos le propuso participar en un "experimento informal" sobre sugestión psicológica. Solo los dos, sin registros. Ella aceptó, quizá por curiosidad, quizá por soberbia.

El laboratorio estaba en penumbra. Él le explicó: —Quiero medir tu resistencia a la persuasión. Yo formularé frases; tú responderás con la primera palabra que venga a tu mente. Sin pensar.

—¿Y si no respondo?

—Entonces ya gané.

El juego comenzó.

—Culpa.
—Excusa.

—Miedo.
—Reflejo.

—Amor.
—Complicación.

—Mentira.
—Defensa.

Carlos la miró fijo. —Asesinato.

Lalita tardó más en responder. —Motivo.

Silencio.

—Interesante —dijo él al fin—. Pensé que dirías crimen.

—Dije lo que pensé.

—Eso es lo que me preocupa —replicó, con voz suave—. Que tú piensas demasiado rápido.

Ella cerró la libreta. —Y tú hablas demasiado despacio.

Él sonrió. —Tal vez por eso funcionamos.

Cuando salió, ya era de noche. Caminó hasta su departamento con el pulso acelerado. Sabía que estaba cruzando una línea invisible, la que separa la observación científica de la implicación emocional. Y aun así, no podía detenerse.

Esa noche escribió:

Observación #7: cuando un depredador intelectual te invita a un juego, ya estás dentro antes de aceptar.

Días después, la universidad anunció el cierre oficial del caso Ramiro. “Suicidio confirmado”, dictaminó el informe. Fin del tema. Pero para Lalita, aquello no cerraba nada. Había una sombra de artificio en todo. Los correos, las notas, las fórmulas. Todo parecía escrito por alguien que necesitaba demostrar que podía inducir una conducta.

Comenzó a revisar los archivos, los reportes, los accesos de laboratorio. Descubrió algo inquietante: el registro de entrada digital mostraba que Carlos había estado allí una hora antes del hallazgo del cuerpo, aunque él aseguró haber llegado después.

Esa noche, sin pensarlo, fue a buscarlo. Lo encontró en el patio de Ciencias, leyendo bajo la lluvia como si el agua no existiera.

—Mentiste —dijo sin preámbulos.

—¿Siempre saludas así?

—Estuviste en el laboratorio antes de las siete.

—Tenía trabajo pendiente.

—Trabajo que casualmente termina en cadáver.

Carlos suspiró. —Lalita, ¿alguna vez consideraste que buscas monstruos porque temes parecerte a uno?

La frase la desarmó.

—No cambies de tema —dijo débilmente.

—No lo hago. Estoy hablando del tema: tú.

Él la miró con esa calma peligrosa que ya conocía. —Si realmente crees que soy culpable, demuéstralo. Pero si lo haces… asegúrate de sobrevivir a la respuesta.

Y se alejó bajo la lluvia, dejando tras de sí la sensación de que el juego acababa de empezar.

Observación final: “Control no es poder sobre los demás. Es la capacidad de mentirse sin sonrojarse. Él lo domina. Yo… empiezo a aprender.”

CAPÍTULO 3 — El gaslighting perfecto

El problema con los genios, pensaba Lalita, es que no tienen frenos. Cuando la mayoría de la gente duda, ellos aceleran. Cuando sienten culpa, la racionalizan. Y cuando aman… lo convierten en un experimento.

Las semanas posteriores a la discusión bajo la lluvia fueron un torbellino de contradicciones. Carlos no volvió a escribirle, pero su presencia seguía orbitando alrededor de ella. Cada pasillo, cada clase, cada conversación casual parecía tener su sombra proyectada. Y Lalita, con su lógica impecable, intentaba convencerse de que ya no le interesaba.

Hasta que una mañana, en la cafetería, lo vio. No estaba solo.

A su lado había una joven de cabello castaño claro y sonrisa tensa. Llevaba un suéter verde menta y un aire de quien intenta complacer al mundo sin saber por qué. Carlos hablaba con ella en tono bajo, inclinándose apenas, como un hipnotista que no necesita péndulo.

Lalita observó de lejos. No por celos, se dijo, sino por curiosidad conductual.

Observación #8: cuando alguien controla el espacio personal de otro, controla la narrativa de su realidad.

La chica reía sin ganas. Carlos, en cambio, lucía exultante. Era la sonrisa del actor que interpreta a la perfección su papel.

Zoé, que se acercó con su bandeja, la sacó de su análisis. —¿Ya viste al nuevo dúo dinámico? Dicen que es su novia. Valeria. Estudia Biología Molecular.

—Ajá. —Lalita fingió indiferencia.

—Y parece que están muy enamorados.

Lalita frunció el ceño. —Enamorados o entrenados, hay una diferencia.

Zoé la miró raro. —¿Entrenados?

—Sí. Algunas relaciones son cursos intensivos de condicionamiento operante.

—Traducción, por favor.

—Refuerzo positivo, castigo emocional y control del entorno. Lo básico del amor moderno.

Días después, el destino —o la ironía del universo— decidió presentarlas. Lalita salía del laboratorio de Psicología cuando escuchó pasos rápidos detrás.

—¿Eres Lalita Thompson? —preguntó una voz nerviosa.

Era la chica del suéter verde menta. En persona parecía más frágil, con los ojos grandes y un temblor en las manos que ninguna adicción al café justificaba.

—Sí, soy yo. ¿Nos conocemos?

—No exactamente. Te he visto con Carlos.

—Ah. —Lalita sonrió con cautela—. ¿Vienes a reclamar derechos de autor?

Valeria forzó una sonrisa que no llegó a los ojos. —No, no es eso. Solo quería… hablar contigo.

—¿Sobre él?

—Sí. —Su voz se quebró apenas perceptiblemente—. Creo que algo no está bien.

Lalita la miró en silencio unos segundos. Había aprendido que cuando alguien empieza con “creo”, en realidad significa “sé”.

—Ven —dijo—. Caminemos.

Fueron al jardín trasero de la facultad, donde casi nadie pasaba. Valeria se sentó en la banca y respiró hondo.

—Carlos… me hace sentir rara. —Buscaba palabras como quien intenta atrapar humo—. A veces pienso que me ama, y a veces que me está… estudiando.

—¿Estudiando cómo?

—No sé. —Valeria se frotó las manos—. Dice que soy su inspiración. Que mi mente lo desafía. Pero cada vez que me equivoco, me corrige como si fuera un experimento que salió mal.

—¿Te humilla?

—No. Peor. Me convence de que tengo la culpa.

Lalita asintió. Había leído suficientes casos clínicos para reconocer los patrones. Gaslighting: distorsión de la realidad, manipulación emocional y control psicológico gradual.

—¿Alguna vez te hizo sentir que te estabas volviendo loca? —preguntó.

—Constantemente. —Valeria sonrió con tristeza—. Una vez le dije que lo sentía distante y me respondió que yo había imaginado todo nuestro fin de semana juntos. Que estaba cansado de mis “falsas memorias”.

Lalita se estremeció.

Observación #9: el gaslighter no destruye la mente. La reescribe.

—¿Por qué no lo dejas? —preguntó, con tono suave.

Valeria bajó la mirada. —Porque cuando estoy lejos, siento que todo es culpa mía. Y cuando estoy cerca… también.

Era la respuesta perfecta del ciclo. La víctima atrapada entre dos espejos: el de la duda y el del miedo.

Lalita la observó largo rato. —Escúchame bien, Valeria. Nadie que te haga dudar de tu memoria te ama.

Valeria asintió, pero en sus ojos no había convicción, solo agradecimiento por haber sido escuchada.

Antes de irse, Lalita le dio su número. —Si alguna vez necesitas hablar, o recordar lo que realmente pasó, llámame.

El teléfono sonó una semana después. Era de madrugada.

—Lalita… soy yo. Valeria.

La voz sonaba alterada.

—¿Qué pasa?

—Peleamos. Me dijo que soy una patológica, que necesito medicación. Que tengo “delirios de victimización”. —Su respiración era rápida—. Pero yo sé que no estoy loca, Lalita. Lo sé.

—No lo estás —respondió con firmeza—. Respira. ¿Dónde estás?

—En mi departamento. No quiero verlo más. Pero… —Dudó—. Me escribió hace una hora. Dijo que vendría a disculparse.

—No abras la puerta —ordenó Lalita.

Silencio. Luego, un susurro. —Ya está aquí.

Lalita se levantó de la cama, buscando sus llaves. —Valeria, escúchame. No lo dejes entrar.

Pero la línea se cortó.

Corrió hacia su auto. El trayecto hasta el departamento fue un borrón de semáforos y adrenalina. Cuando llegó, el edificio estaba oscuro. Golpeó la puerta varias veces. Nada.

Minutos después, Carlos apareció en el pasillo, tranquilo, con una bolsa de papel en la mano.

—¿Tú? —dijo con fingida sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Valeria me pidió venir. Dijo que necesitaba hablar.

—Yo hablé con ella hace veinte minutos. Me dijo que no quería verte.

Él sonrió con serenidad irritante. —Entonces ya cambió de opinión.

Lalita lo miró con rabia contenida. —¿Dónde está?

—Adentro, supongo. No contestó cuando llegué.

Sacó su llave y abrió la puerta. La habitación estaba en penumbra. En el sofá, una copa de vino a medio terminar. El silencio tenía peso.

—Valeria —llamó Lalita.

Nadie respondió.

El resto ocurrió en segundos. Lalita avanzó hasta el dormitorio, encendió la luz… y la vio.

Valeria estaba tendida sobre la cama, los ojos cerrados, la piel fría, una pastilla aplastada en la comisura de los labios.

Lalita sintió que el aire se convertía en cristal.

Detrás, Carlos observaba la escena con una calma antinatural.

—Llamemos a emergencias —dijo, como quien sugiere pedir café.

Lalita marcó, con manos temblorosas. Mientras daba la dirección, no dejaba de mirar su rostro. Ni un músculo de sorpresa, ni una lágrima, ni un temblor.

Observación #10: la emoción fingida tiene ritmo. La verdadera interrumpe la respiración.

Cuando llegó la ambulancia, Carlos relató la versión perfecta: Valeria había estado deprimida, tomó medicamentos, él llegó demasiado tarde. La policía lo escuchó con respeto. La novia muerta, el joven brillante, el relato coherente. Caso cerrado en tiempo récord.

Lalita no dijo nada. Solo observó. Y supo que, si quería descubrir la verdad, tendría que entrar en el juego de Carlos, no en el de la justicia.

Dos días después, el campus se llenó de condolencias hipócritas. Las redes sociales universitarias estaban saturadas de mensajes como *“descansa en paz”* y *“te recordaremos siempre”*. Lalita se abstuvo de escribir. El duelo público le parecía una forma de anestesia colectiva.

Carlos, en cambio, reapareció en clases como si nada. Más sereno que nunca, más encantador que nunca.

Durante la pausa del seminario, se acercó a ella.

—¿Sigues pensando que soy un monstruo? —preguntó con voz tranquila.

—No pienso nada —respondió Lalita—. Observo.

—¿Y qué observas hoy?

—Que los monstruos lloran cuando hay público.

Él sonrió. —Entonces soy inocente. No he llorado.

Lalita sostuvo su mirada. —A veces la inocencia es solo un guion bien ensayado.

—¿Insinúas que actué?

—No. Afirmo que ensayas. Siempre.

Carlos se inclinó, con ese gesto suyo que convertía las frases en susurros peligrosos. —Sabes, Lalita, si me odias tanto… ¿por qué sigues aquí?

Ella respondió sin dudar. —Porque el asesino perfecto merece una observadora perfecta.

Él rio, genuinamente. —Y así nace la simbiosis.

Esa noche, Lalita revisó los archivos policiales. No había pruebas directas: la puerta cerrada por dentro, la nota de despedida escrita a mano, los medicamentos en la mesita. Todo indicaba suicidio. Pero algo no cuadraba.

Analizó la letra de la nota y la comparó con un examen que Valeria había presentado semanas antes. Había una diferencia casi imperceptible en la forma de la “r”: la del suicidio era más angulosa, más controlada. Un trazo masculino intentando imitar suavidad femenina.

Observación #11: los impostores nunca pueden copiar las imperfecciones.

Esa misma noche, imprimió ambas hojas y las guardó en su libreta amarilla. Luego escribió:

“Si no hay pruebas, las crearé. Si el espejo miente, lo romperé.”

Miró su reflejo en la ventana y sintió algo nuevo: miedo, pero también determinación. Por primera vez, no observaba un caso. Observaba a su propio reflejo distorsionándose en la mente de otro.

El juego había dejado de ser teórico.

Y ella, la observadora empírica, acababa de convertirse en la única testigo de un crimen perfecto.

Observación final: “El gaslighting es un espejo. Te convence de que no existes. Yo lo sé porque acabo de ver desaparecer a alguien en él.”

CAPÍTULO 4 — El cadáver en el espejo

El campus amaneció cubierto de flores y silencio.

La universidad tenía un talento peculiar para convertir las tragedias en actos protocolarios. En la entrada del edificio de Biología, un altar improvisado mostraba velas, fotos de Valeria y frases tan huecas que casi daban risa: *“Luz eterna”, “Siempre te recordaremos”, “Vuelo alto”*.

Lalita se detuvo frente al altar y pensó que el verdadero homenaje a Valeria sería una autopsia honesta.

Observación #12: la empatía universitaria tiene fecha de caducidad.

Llevaba tres noches sin dormir. No podía sacarse de la cabeza la imagen del cuerpo tendido, la copa de vino a medio beber, el trazo de la “r” que delataba la impostura. Había enviado un correo a la policía con una observación formal sobre la caligrafía, pero la respuesta fue cortés y definitiva: *“El caso está cerrado. No insista, señorita Thompson.”*

Así que decidió insistir.

El primer paso fue colarse en el departamento de Valeria antes de que los administradores lo vaciaran. Zoé, leal a su curiosidad y su locura, la acompañó con una mezcla de miedo y emoción.

—Si nos atrapan, nos expulsan —susurró Zoé.

—Si no lo hacemos, un asesino sigue paseando libremente con título de doctor —replicó Lalita.

El lugar seguía casi igual. El aroma a vino rancio y perfume barato aún flotaba en el aire. Lalita observó cada detalle como si estuviera dentro de un experimento forense: la posición del vaso, el ángulo de la lámpara, las sábanas tirantes. Todo encajaba demasiado bien.

—Parece escenario de película —murmuró Zoé.

—Exacto. Demasiado perfecto para ser real.

Lalita abrió los cajones del tocador y encontró algo curioso: una libreta con frases escritas en distintos colores. Notas sueltas, pensamientos fragmentados. Algunas tenían tachaduras violentas, otras palabras repetidas: *“No estoy loca. No estoy loca.”*

En la última página, un dibujo infantil: una mariposa atrapada en un frasco.

Observación #13: las víctimas a veces dejan huellas emocionales más reveladoras que las físicas.

—¿Crees que él la mató? —preguntó Zoé en voz baja.

—No lo creo. Lo sé. —Lalita guardó la libreta en su mochila—. Solo necesito que él también lo sepa.

Esa tarde, Carlos reapareció en la cafetería como si nada. Traje impecable, sonrisa funcional, una serenidad que irritaba a cualquiera con un resto de humanidad.

Lalita lo observó desde una mesa cercana. No había duda: disfrutaba el protagonismo. Los alumnos lo rodeaban, preguntando por Valeria, ofreciéndole condolencias. Él asentía con moderación, agradecía, hablaba de “la fragilidad de la mente humana” con la cadencia de un profesor dictando cátedra.

Cuando todos se fueron, ella se acercó.

—Disculpa que interrumpa tu gira de prensa, Arteaga.

—Thompson. —Su sonrisa fue mínima—. ¿Vienes a ofrecerme consuelo o acusación?

—Solo a entregarte esto. —Dejó sobre la mesa una hoja doblada: la comparación de las letras de Valeria.

Él la miró sin tocarla. —¿Y esto qué es?

—La diferencia entre una despedida y una falsificación.

—Tienes talento para el drama, Lalita.

—Y tú para el crimen literario.

—Te estás obsesionando.

—No. Me estoy concentrando.

Carlos guardó silencio. Luego, con calma impecable, tomó la hoja y la dobló de nuevo. —Deberías descansar. Las mentes brillantes se fracturan fácilmente.

—¿Y la tuya?

—La mía ya nació rota —respondió con una honestidad tan inesperada que a Lalita le recorrió un escalofrío.

Por un momento creyó ver un destello de verdad en sus ojos. Pero solo duró un segundo.

Esa noche, Lalita revisó los informes forenses filtrados por un contacto del hospital. Había dos detalles que la policía no mencionó:

1. El vaso de vino contenía trazas de benzodiacepinas, pero en una dosis inferior a la letal.
2. Las marcas en la muñeca derecha sugerían presión previa, como si alguien la hubiera sujetado.

Demasiado sutil para ser prueba, demasiado perfecto para ser accidente.

Observación #14: los psicópatas no dejan huellas. Dejan patrones.

Se recostó en su cama y cerró los ojos. La mente le proyectó la escena como un experimento mental: Carlos, calmado, preparando el vino; Valeria, confundida, creyendo en la reconciliación; el beso final, la pastilla, la manipulación total. El crimen no era físico, era psicológico. Él no necesitaba forzarla: solo inducirla.

Y entonces comprendió la magnitud del horror. No la mató por enojo, sino por triunfo experimental.

Los días siguientes fueron un desfile de apariencias. Carlos daba conferencias, sonreía en los pasillos, y cada vez que cruzaban miradas, Lalita sentía que ambos compartían un secreto.

Pero ella también tenía uno: su plan.

La estrategia era sencilla en teoría y suicida en práctica: hacerlo hablar. No acusarlo, no enfrentarlo, sino tentarlo a explicarse. Los narcisistas, lo sabía bien, no resisten la tentación de narrar su propio genio.

Comenzó a enviarle correos breves, como cebos.

“He estado pensando en la mente de Valeria.”

“¿Crees que alguien podría inducir un suicidio sin tocar a la víctima?”

“¿Qué opinas del libre albedrío cuando la mente está enamorada?”

Carlos respondía con frases ambiguas, casi poéticas:

“Todos morimos de ideas, no de actos.”

“La libertad es la ilusión más elegante.”

“A veces la culpa solo es otra forma de vanidad.”

Lalita los imprimía, los fechaba, los guardaba en su libreta amarilla. Cada palabra era un hilo de la telaraña que planeaba tejer.

Un jueves por la tarde, él pidió verla. “Para aclarar las cosas.”

Se reunieron en un café pequeño, fuera del campus. La luz era suave, la atmósfera íntima. Lalita llegó con su grabadora escondida en el bolso.

Carlos la recibió con una cortesía que rozaba el cinismo.

—Tú y tus teorías deben estar agotadas ya —dijo—. ¿No cansa tanto analizarlo todo?

—Solo lo suficiente para no convertirme en tu siguiente hipótesis.

—¿Sigues convencida de que la maté?

—Convencida no. Fascinada.

Él arqueó una ceja. —¿Fascinada?

—Con la idea de un crimen sin huellas. Un asesinato mental. El gaslighting perfecto.

Carlos apoyó la barbilla en una mano. —Suena a título de tu próxima tesis.

—O de tu autobiografía.

Rio suavemente. —¿Sabes qué es lo divertido de ti, Lalita? Que no te asusta la oscuridad, solo perder el control.

—Y tú, en cambio, no puedes soportar que alguien te vea sin máscara.

—¿Y si mi máscara es mi rostro?

—Entonces soy la única que nota las grietas.

El silencio que siguió fue casi sensual. Carlos la observaba con una mezcla de respeto y desafío.

Finalmente, habló con voz baja:

—Valeria era débil. Quería certezas. Yo solo se las di.

El corazón de Lalita se detuvo un instante.

—¿Qué le diste exactamente?

—Lo que todos quieren: una versión de la verdad que puedan soportar.

Observación #15: el asesino intelectual no busca ocultar la verdad. Busca convertirla en arte.

Lalita respiró hondo, fingiendo indiferencia. —Entonces, si te entiendo bien, ella murió creyendo que se salvaba.

Carlos sonrió. —Eso sería una muerte digna, ¿no?

Ella levantó su taza para ocultar el temblor de las manos. La grabadora seguía encendida. Cada palabra era dinamita envuelta en terciopelo.

De regreso en su departamento, escuchó la grabación una y otra vez. No había una confesión explícita, pero sí lo suficiente para iniciar su trampa final.
Lo necesitaba más confiado, más vanidoso. Tenía que hacerlo hablar de sí mismo en público, donde su ego no resistiera la tentación de brillar.

Preparó su siguiente movimiento: un coloquio académico.

Con ayuda de su profesor de tesis, organizó una mesa redonda titulada *“La moralidad en los procesos cognitivos extremos.”* Invitó a Carlos como ponente especial.
El tema central: los límites entre ética, mente y manipulación.

Perfecto.

El día del coloquio, el auditorio estaba lleno. Lalita abrió la sesión con voz segura. Carlos, impecable, tomó la palabra después. Su exposición fue brillante, magnética. Habló sobre la conciencia, el control, la libertad como ilusión estadística.
Y entonces, con sutileza milimétrica, Lalita lanzó la pregunta:

—Doctor Arteaga, ¿cree usted que alguien podría inducir a otra persona a autodestruirse… solo manipulando su percepción de la realidad?

Hubo un murmullo en la sala. Carlos sonrió, complacido.

—Por supuesto. Todos lo hacemos a diario. Se llama amor.

Risas nerviosas.

Lalita insistió: —No me refiero a metáforas. Digo literalmente inducir la conducta, sin contacto físico, solo con control emocional.

Carlos la miró directo, con esa chispa de vanidad que lo traicionaba.

—Si uno entiende la mente correctamente, no necesita tocarla para moverla.

Y ahí estuvo: la primera grieta en su discurso.

Observación #16: el orgullo siempre habla más alto que el instinto de supervivencia.

Lalita anotó cada palabra. Sabía que estaba más cerca. Muy cerca.

Cuando la sesión terminó, él se acercó a ella.

—Bonita emboscada —dijo, sonriendo.

—No fue emboscada. Fue diagnóstico.

—Cuidado, Thompson. Los diagnósticos pueden ser contagiosos.

—Y los espejos también —respondió ella.

Lo vio alejarse con paso tranquilo. Parecía invencible, pero en su mente, por primera vez, algo empezaba a agrietarse.

Lalita lo sabía. El espejo estaba por romperse.

Observación final: “El reflejo no miente. Solo espera el momento exacto para devolver la mirada.”

CAPÍTULO 5 — Deducción o tentación

A veces, pensaba Lalita, los experimentos más peligrosos son los que se disfrazan de conversaciones.

Después del coloquio, su nombre y el de Carlos empezaron a circular en el campus como si fueran las dos caras de una misma moneda. *El doctor oscuro y la psicóloga luminosa.* La gente los mencionaba en el mismo aliento, como si fueran rivales de novela o cómplices de laboratorio.

Y, de algún modo, lo eran.

Él seguía enviándole correos con frases ambiguas.

“Tus preguntas son bisturís.”

“A veces la deducción se confunde con la tentación.”

“¿Alguna vez te preguntaste si lo que persigues te está observando a ti?”

Lalita respondía con ironía, pero también con curiosidad. No podía evitarlo. Cada palabra de Carlos tenía la textura del peligro y el perfume de la inteligencia. Era su droga: un estímulo cognitivo disfrazado de provocación.

Observación #17: la mente adicta a los acertijos es la más fácil de manipular.

La cita siguiente no fue planificada. Coincidieron en la biblioteca, frente al mismo estante de psicología criminal. Ella buscaba un tratado sobre el síndrome de Münchhausen; él, una biografía de Foucault.

—Interesante coincidencia —dijo él sin levantar la vista—. Ambos estudiando la patología del poder.

—Solo que yo quiero curarla —respondió ella—, y tú coleccionarla.

—No colecciono nada. Solo observo.

—Ah, sí, el argumento clásico del observador inocente.

—¿Y tú? ¿No haces lo mismo conmigo?

Lalita cerró el libro. —La diferencia es que yo admito mis intenciones.

Carlos sonrió. —Entonces estamos empatados.

Observación #18: cuando el depredador empieza a hablar de empatía, no es un avance. Es un truco de cacería.

Esa tarde, en el campus vacío, él la invitó a tomar un café “para discutir conceptos”. Ella aceptó. No sabía si por curiosidad o por masoquismo académico.
La cafetería estaba medio vacía. El vapor del espresso flotaba como niebla entre ellos.

—Tu presentación fue brillante —dijo él—. Me hiciste sonar casi humano.

—No fue difícil. La vanidad ya te hacía la mitad del trabajo.

Él rio, sin ofenderse. —Eres la única persona que me insulta con precisión científica.

—Es un talento.

—Y peligroso. Podría enamorarme.

Lalita lo miró con escepticismo. —No uses la palabra “enamorarme” como si fuera un diagnóstico.

—No lo es. Es un síntoma.

Observación #19: los psicópatas confunden las emociones con fenómenos neuronales. Y los demás, a veces, les creemos.

El silencio se alargó. Carlos tomó un sorbo de café y la observó fijamente.
—Tú también juegas, Lalita. Dices que me estudias, pero en realidad buscas un espejo.

—¿Y tú crees serlo?

—Lo soy. Pero los espejos no devuelven la verdad, sino la versión que temes ver.

Ella sonrió con frialdad. —Bonita frase para un epitafio.

—¿El mío o el tuyo?

Lalita desvió la mirada. Algo en su tono la tocaba, aunque se negaba a admitirlo. Sentía que hablaban en dos niveles simultáneos: el lógico y el emocional. En el primero, debatían sobre moral y percepción; en el segundo, se acercaban peligrosamente.

Durante las siguientes semanas, Lalita se sumergió en la investigación. Releyó todos los correos de Carlos, los informes del caso de Valeria, los registros de laboratorio. Cada línea parecía un rompecabezas con una pieza faltante. Y cuanto más intentaba armarlo, más notaba que la pieza ausente era ella misma.

Se volvió obsesiva. Soñaba con Valeria, con sus ojos suplicantes, con la frase *"me estudia"*. A veces despertaba con la sensación de que Carlos estaba en su habitación, observándola dormir.

Observación #20: cuando el investigador empieza a sentir la presencia del sujeto ausente, el experimento se ha invertido.

Un viernes, sin pensarlo, fue al despacho de Carlos.

—Necesito verte —le dijo al entrar.

—Lo noté —respondió él, sin levantar la vista del microscopio—. Tus pasos sonarán como latidos cuando te vuelvas culpable.

—No vine a jugar.

—Todos jugamos, Lalita. Algunos solo lo admiten.

Ella respiró hondo. —Quiero entenderte.

Él levantó la mirada. —¿A mí o a ti misma a través de mí?

—A ti.

—Mala respuesta.

Lalita se acercó. —Entonces explícame por qué lo hiciste.

—¿El qué?

—Lo sabes.

Carlos dejó el microscopio y cruzó las manos. —Si lo supiera, me estaría confesando.

—Ya lo hiciste, solo que no usas palabras.

—¿Y qué ves, detective?

—Veo a alguien que se siente Dios porque descubrió que puede crear dolor sin ensuciarse las manos.

Él sonrió. —Eso suena más a poesía que a diagnóstico.

—Tal vez porque los monstruos, cuando son inteligentes, escriben mejor que los poetas.

Por un instante, la tensión fue casi física. Él dio un paso hacia ella. Estaban tan cerca que pudo oler su perfume —limón y papel viejo— y sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? —susurró él.

—Dímela.

—Yo acepto mi oscuridad. Tú la niegas.

Lalita retrocedió un paso, más por estrategia que por miedo. —Yo la estudio.

—Y el estudio es la forma más sofisticada del deseo.

Ella salió del laboratorio antes de que su pulso la traicionara. En el pasillo, respiró hondo.
“Control”, se dijo. “Él quiere que reacciones.”

Pero la verdad era más compleja. No quería reaccionar: quería comprenderlo. Y esa diferencia era peligrosa.

Esa noche, en su departamento, escribió durante horas.

Observación #21: comprender no siempre implica justificar, pero a veces se le parece.

Hipótesis: todo psicópata necesita un espejo emocional donde reflejar su brillantez.

Predicción: si dejo que me crea parte de su juego, revelará sus reglas.

La decisión estaba tomada. Fingiría complicidad. Entraría en su mente como infiltrada en terreno enemigo.

Al día siguiente lo buscó en la biblioteca.

—Carlos, he pensado en lo que dijiste.

—¿Cuál de mis múltiples genialidades?

—La de los espejos. Quizá tengas razón. Quizá sí me reflejas.

—Ah, la autoconciencia. Primer paso hacia la locura o hacia la iluminación.

—O hacia la venganza —dijo ella con media sonrisa.

Él la miró intrigado. —¿Qué propones?

—Una colaboración. Un experimento conjunto sobre manipulación conductual. Un estudio real, documentado. Tú como sujeto A. Yo como observadora B.

Carlos fingió pensarlo. —¿Y cuál sería la hipótesis?

—Que la mente humana puede inducirse a cualquier emoción si se conoce el estímulo correcto.

—¿Y quién aplicará los estímulos?

—Ambos.

Él rio. —Esto suena como una relación disfrazada de experimento.

—Tal vez los experimentos siempre fueron relaciones disfrazadas.

Aceptó.

Durante las semanas siguientes, se reunían cada noche en el laboratorio vacío. Diseñaron una serie de pruebas basadas en memoria emocional y sugestión. Al principio, todo parecía académico. Pero pronto el juego se volvió íntimo.

Carlos comenzó a usar ejemplos personales: le pedía que recordara su infancia, sus miedos, sus sueños. Lalita respondía con franqueza estudiada, mientras registraba sus reacciones.

Una noche, él apagó las luces y dijo:

—Quiero que cierres los ojos. Imagina que todo lo que sabes sobre ti misma es falso. Que tus recuerdos fueron implantados. ¿Cómo demostrarías lo contrario?

—No lo sé.

—Ahí está el punto. Nadie puede. El yo es una construcción tan manipulable como una ecuación.

Lalita abrió los ojos. —¿Eso hiciste con Valeria?

—Yo no hice nada. Ella se lo creyó.

—¿Y si te creyera ahora?

—Entonces serías mía —respondió sin dudar.

Observación #22: la posesión no siempre se expresa con violencia. A veces suena como una promesa.

Después de esa noche, algo cambió. Lalita empezó a recibir mensajes anónimos: fotografías de ella saliendo del campus, fragmentos de conversaciones privadas, capturas de sus correos. Alguien la vigilaba.

Fue a buscarlo furiosa. —¿Fuiste tú?

—¿Yo qué?

—Los mensajes, las fotos.

—¿Y si lo fuera?

—Te denunciaría.

—¿Por qué? No hay amenazas. Solo observación empírica.

Lalita lo abofeteó. Fue un reflejo. Él no se movió. Sonrió apenas.

—Perfecto —dijo—. Ya tenemos la reacción emocional.

Ella sintió el impulso de gritar, pero se contuvo. Había cruzado la línea: ya no sabía si seguía siendo la observadora o la variable del experimento.

Esa noche, su libreta amarilla tenía solo una frase:

“Estoy empezando a pensar como él.”

El fin de semana, Carlos la citó fuera del campus, en un invernadero abandonado donde antes hacían prácticas de botánica.

El lugar olía a humedad y a flores podridas. Él la esperaba entre las sombras.

—¿Por qué aquí? —preguntó ella.

—Porque aquí nadie finge luz.

Se acercó lentamente. —¿Por qué sigues haciéndolo? —preguntó ella—. ¿Por qué jugar con las personas?

—Porque puedo. Y porque me interesa ver quién sobrevive.

—Valeria no.

—Valeria no entendió las reglas. Tú sí.

Lalita lo miró con una mezcla de repulsión y deseo. —¿Y qué pasa si dejo de jugar?

—Entonces pierdes.

—¿Y si gano?

—No ganarás —susurró él—. Eres demasiado parecida a mí.

El silencio los envolvió. Ella supo que, si daba un paso más, no habría regreso. No podía permitirlo.

Se giró hacia la salida, pero antes de irse dijo sin mirarlo:

—El experimento terminó, Carlos. Y tú acabas de firmar tu resultado.

Observación final: “El peligro real no era entenderlo, sino empezar a justificarlo.”

Esa noche, Lalita volvió a escuchar la grabación del café. Esta vez no buscaba pruebas, sino su propia voz. Quería saber en qué momento había empezado a sonar como él.

Cuando llegó a la parte donde él decía *“Todos morimos de ideas”*, sintió que el eco era suyo.

Entonces comprendió lo que el espejo trataba de advertirle desde el principio: que los monstruos no se estudian de lejos. Porque mientras los observas, ellos aprenden a reflejarte.

Y ella, sin quererlo, ya se había convertido en su reflejo.

“Deducción o tentación. A veces son lo mismo. Solo cambia quién formula la hipótesis.”

CAPÍTULO 6 — La trampa del espejo

Las trampas más efectivas no se arman con fuerza, sino con paciencia. Lalita lo sabía mejor que nadie. Desde niña había aprendido que las mentiras se desmontan dejando que se contradigan solas. Y Carlos, con toda su genialidad, no dejaba de hablar.

Después del encuentro en el invernadero, su mente trabajó sin descanso. No podía arrestarlo —aún—, pero podía exponerlo. No con pruebas físicas, sino con su propia voz.
La cuestión era simple: ¿cómo hacer que el asesino se describiera a sí mismo creyendo que analizaba a otro?

Observación #23: el ego es el espejo donde se reflejan los crímenes perfectos.

La idea nació de su tesis inconclusa sobre *autoanálisis proyectivo*. Si conseguía que Carlos participara en una simulación académica, podría inducirlo a hablar del asesinato en tercera persona. El reto era lograr que creyera que era su propio juego.

Pasó días escribiendo un guion disfrazado de cuestionario experimental. Doce preguntas, cada una diseñada para provocar una microexpresión de orgullo, no de culpa.
El tono sería aparentemente teórico: *“En casos hipotéticos…”*, *“Desde la perspectiva del observador…”*, *“Si un sujeto con alto coeficiente moral justificara un acto ilegal…”*

Y, como toque final, instaló una cámara escondida en el aula 204 del edificio viejo de Psicología. El lugar ideal: sin ventanas, con eco y una puerta que cerraba mal.
Una trampa mental en toda regla.

El correo que le envió fue breve:

Carlos, estoy preparando un proyecto sobre conducta criminal racional. Necesito tu perspectiva. Solo una conversación informal. Aula 204, jueves a las 19:00.

Su respuesta llegó veinte minutos después.

La racionalidad siempre merece conversación. Ahí estaré.

Lalita respiró hondo. Estaba todo listo.

Solo faltaba que su pulso no la delatara.

La tarde del jueves llovía con constancia poética. El campus se vació antes de las seis. Lalita llegó al aula con una hora de anticipación, ajustó la cámara detrás del estante de libros y probó el micrófono oculto en su libreta amarilla.

“Esto no es venganza”, se dijo frente al espejo del baño. “Es justicia experimental.”
Pero no sonó muy convincente.

A las siete en punto, Carlos entró. Sin prisa, sin sonrisa. Su presencia llenó el aula como un perfume caro y peligroso.

—¿Empezamos el interrogatorio, detective? —preguntó con ironía.

—No es interrogatorio. Es una conversación académica —dijo ella, sentándose frente a él.

—Eso suena a cita intelectual.

—Solo si confundes el método científico con el coqueteo.

Carlos rio suavemente. —Confundir es mi especialidad.

Ella abrió su libreta. —Primera pregunta: ¿crees que alguien puede cometer un crimen perfecto?

—Define “perfecto”.

—Aquel que nunca se prueba.

—Entonces sí. La perfección no es moral, es técnica.

—¿Y la culpa?

—La culpa es un residuo cultural. El cerebro no la produce; la sociedad la fábrica.

Lalita anotó sin mirarlo. —Segunda pregunta: si un asesino quisiera ocultar su crimen, ¿qué tipo de error sería imperdonable?

Carlos apoyó un codo en la mesa. —Hablar demasiado. O enamorarse.

—¿Por qué enamorarse?

—Porque el amor introduce empatía, y la empatía altera la precisión.

Ella levantó la vista. —Entonces, ¿tú nunca te enamorarías de alguien que pudieras destruir?

Él sonrió. —Si lo hiciera, sería para entender cómo reacciona.

Observación #24: el narcisismo absoluto no teme la pregunta, teme el silencio que la sigue.

—Tercera pregunta —continuó—: si un crimen no deja pruebas, ¿cómo se descubre al culpable?

—Solo si el culpable quiere ser descubierto. Algunos dejan grietas a propósito.

—¿Por vanidad?

—Por arte. Todo acto perfecto necesita un público, aunque sea uno solo.

Lalita tragó saliva. —Entonces, si un asesino describiera su crimen en forma de teoría, ¿sería una confesión?

—Solo si quien lo escucha tiene la inteligencia para entenderla.

Hubo una pausa. Ella sostuvo su mirada sin pestañear.

—Cuéntame entonces, Carlos —dijo con voz neutra—, ¿cómo inducirías a alguien al suicidio sin tocarla?

Él la observó largo rato, disfrutando el peso de las palabras.

Luego habló despacio, como si dictara una lección.

—Primero, sembraría duda. La duda es la semilla de la autodestrucción. Haría que la víctima cuestione su percepción. Cambiaría pequeños detalles de la realidad: una palabra, un recuerdo, una hora. Después, aislarla. El aislamiento vuelve el pensamiento circular.

Cuando ya no confíe ni en sí misma, le ofrecería alivio. No amor, alivio. El amor crea resistencia; el alivio, dependencia.

Y cuando esté lo suficientemente cansada de luchar, bastaría un pequeño empujón.

No físico, mental.

Entonces se rendiría. Y todos dirían que fue su elección.

Lalita lo escuchó sin moverse. Su corazón golpeaba, pero su rostro era de piedra.

—Impresionante —dijo al fin—. ¿Lo has probado?

Él sonrió. —Las hipótesis solo se validan en el campo.

Observación #25: la verdad nunca grita. Se filtra como una gota en el silencio.

Ella fingió anotar algo, mientras su mano temblaba apenas. La cámara registraba cada palabra, cada gesto.

Tenía su confesión, aunque él no lo supiera aún.

—Última pregunta —dijo con voz suave—: ¿y si el asesino fuera consciente de que alguien lo observaba todo el tiempo?

—Entonces jugaría mejor —respondió él, mirándola directamente—. Porque el mejor truco del espejo es reflejar también al observador.

Lalita cerró la libreta. —Gracias por tu tiempo.

Él se levantó, caminó hacia la puerta… y se detuvo.

—Dime, Lalita. —Su voz era baja, casi afectuosa—. ¿Por qué te arriesgas tanto?

—Porque alguien tiene que mirarte sin miedo.

Carlos asintió, con una serenidad inquietante. —Entonces, cuidado con lo que ves. Podrías descubrirte a ti misma.

Y se fue.

Lalita permaneció inmóvil varios minutos. Sentía una mezcla de triunfo y náusea.

Había ganado el juego, pero no podía disfrutarlo.

Revisó la cámara: la grabación era perfecta. Cada palabra nítida, cada gesto captado.
Y, sin embargo, algo en su interior temblaba.

La trampa había funcionado demasiado bien.

Observación #26: cuando el cazador se reconoce en la presa, la victoria sabe a espejo roto.

A la mañana siguiente, llevó el video a su profesor de tesis, el doctor Salcedo, especialista en criminología.

Le mostró los fragmentos relevantes. Salcedo lo vio dos veces en silencio. Al terminar, se recargó en el respaldo.

—Esto es… extraordinario. Si lo analizamos correctamente, es una confesión indirecta.

—Entonces ¿podemos denunciarlo?

—Con cautela. Tendremos que mostrarlo a las autoridades, pero primero quiero que entiendas algo, Lalita: este hombre no es un asesino común.

Es un estratega. Si percibe que lo estamos acorralando, podría reaccionar de maneras impredecibles.

Lalita asintió. —Lo sé.

—Y tú —dijo él, mirándola con gravedad—, te has metido demasiado profundo. No lo subestimes.

Esa advertencia resonó en su mente durante todo el día.

Pero era tarde para retroceder.

Esa noche, al llegar a su departamento, encontró un sobre bajo la puerta. Sin remitente. Dentro, una hoja impresa:

“Bonita entrevista. El espejo también graba.”

Y, al pie, una fotografía: ella, en el aula 204, ajustando la cámara antes de la reunión.

Lalita sintió un escalofrío.

Carlos lo sabía. Había sabido todo desde el principio.

Observación #27: cuando crees controlar el juego, recuerda que los espejos también observan.

Encendió su computadora, pero los archivos del video habían desaparecido.
Solo quedaba una carpeta vacía y un mensaje nuevo en su bandeja de entrada:

“Nunca borro nada, Lalita. Solo lo reorganizo.”

La sangre se le heló.

Se dejó caer en la silla, respirando con dificultad. Había subestimado la profundidad de su inteligencia.

El asesino no solo había descubierto la trampa, sino que la había convertido en otra prueba de su poder.

Pasó la noche en vela.

A las tres de la mañana, abrió su libreta amarilla. La tinta temblaba con su pulso.

Observación #28: el control absoluto no existe. Solo cambia de manos.

Pensó en rendirse, en entregarlo todo al doctor Salcedo y desaparecer. Pero algo dentro de ella —la misma curiosidad que la había llevado a estudiarlo— se negó.

Carlos no era un caso más. Era *el caso.*

Y si él jugaba con espejos, ella aprendería a romperlos.

Dos días después, lo vio en el pasillo principal de la facultad.

Él le sonrió con una tranquilidad ofensiva.

—Lástima lo de la grabación —dijo al pasar—. Era un ángulo perfecto.

Lalita lo miró con serenidad fingida. —Siempre hay copia de seguridad.

Por primera vez, notó un parpadeo mínimo en su rostro.

No sabía si era sorpresa o cálculo, pero bastó para darle esperanza.

Observación #29: el monstruo también teme al eco de su propia voz.

Esa noche, antes de dormir, escribió:

“No puedo ganarle en su terreno. Tengo que hacer que piense que ya ganó.
El espejo está roto, pero aún refleja. Y si todo reflejo es doble, entonces él también tiene su punto ciego.”

Cerró la libreta, dejó la lámpara encendida y, por primera vez en semanas, sonrió.
La guerra mental no había terminado. Apenas empezaba.

Observación final: “En cada espejo hay una grieta. Solo hay que saber por dónde mirar para que se convierta en prueba.”

CAPÍTULO 7 — El reflejo roto

La partida final se jugó en el mismo aula donde todo había comenzado: el laboratorio 3.

Lalita había aprendido algo fundamental durante semanas de observación: Carlos no podía resistir la tentación de brillar. Su ego era su talón de Aquiles, y ella lo sabía mejor que nadie. Por eso preparó el escenario con precisión quirúrgica, como si estuviera diseñando el experimento más importante de su vida académica.

Le envió un mensaje aparentemente derrotado:

"Tienes razón. No puedo probarlo. Pero quiero entender. Una última conversación. Por favor. Te debo al menos eso después de todo."

Él respondió en minutos, como siempre hacía cuando percibía victoria:

"El conocimiento siempre merece un epílogo. Mañana, laboratorio 3, 20:00. Trae tu libreta amarilla."

Esa noche, Lalita apenas durmió. Instaló tres cámaras ocultas —esta vez con respaldo automático en la nube, en tres servidores distintos— y preparó su libreta amarilla con preguntas calculadas al milímetro. Cada palabra que diría, cada gesto que haría, estaba diseñado para provocar una sola cosa: que él hablara. Que su vanidad lo traicionara como había traicionado a tantos otros.

Observación #30: el final perfecto de un experimento es cuando el sujeto cree que está dictando las conclusiones.

El doctor Salcedo sabía del plan. Había intentado disuadirla —"Es peligroso, Lalita, este hombre no es predecible"—, pero finalmente cedió ante su determinación. Solo le hizo prometer que tendría su teléfono en marcación rápida y que no cerraría la puerta con seguro.

Llegó al laboratorio con media hora de anticipación. El edificio estaba casi vacío, solo el zumbido de las luces fluorescentes y el eco de sus propios pasos. Revisó las cámaras por última vez, ajustó el micrófono oculto en su reloj de pulso y respiró hondo frente al espejo del baño.

"No es venganza", se repitió. "Es justicia científica."

Cuando Carlos entró, exactamente a las ocho, traía dos cafés y esa sonrisa de quien sabe que ya ganó. Vestía su bata blanca impecable, como siempre, y caminaba con esa parsimonia estudiada que convertía cada movimiento en una aseveración.

—Pensé que te rendirías —dijo, dejando un café frente a ella con suavidad casi tierna.

—No me rindo. Solo quiero cerrar mi investigación —respondió Lalita, aceptando el café pero sin beberlo.

—¿Y qué esperas que te diga? ¿Una confesión dramática con música de fondo?

—Espero la verdad. Aunque sea disfrazada de hipótesis.

Él se sentó frente a ella, cruzó las piernas con elegancia y la observó como quien estudia una pintura interesante. —Eres admirable, Lalita. Pocos tienen tu persistencia. Es casi... obsesiva.

—Pocos han visto lo que yo vi.

—¿Y qué viste exactamente? —preguntó con genuina curiosidad.

Lalita respiró hondo. Era ahora o nunca. Había ensayado esto cien veces en su mente.

—Vi cómo controlaste cada paso de Valeria. Cómo la aislaste sistemáticamente de sus amigos, cómo sembraste dudas sobre su propia cordura, cómo la convenciste de que sus recuerdos eran invenciones. Y vi cómo, esa noche, estuviste ahí.

Carlos tomó un sorbo de café, sin inmutarse. Su rostro era una máscara de serenidad. —Teoría interesante. Muy bien construida. ¿Tienes pruebas o solo narrativa emocional?

—Tengo algo mejor: tu vanidad.

Él arqueó una ceja, divertido. —Explícate.

—Durante semanas me has contado exactamente cómo lo hiciste. Solo que lo disfrazaste de hipótesis académicas, de conversaciones teóricas sobre control conductual. Pero hay detalles que solo quien estuvo ahí sabría.

—¿Como cuáles? —Su voz sonaba genuinamente interesada, como si estuviera evaluando la tesis de un alumno brillante.

Lalita sacó su libreta y la abrió en una página marcada. —Cuando hablamos sobre el control emocional, mencionaste "insectos atrapados en frascos" como metáfora de las relaciones tóxicas. Dijiste

específicamente: "como una mariposa que deja de volar porque olvida que tiene alas."

—Es una metáfora común.

—No lo es. Y Valeria tenía un dibujo en su libreta personal: una mariposa atrapada en un frasco. Yo lo vi. Nadie más sabía de ese dibujo porque estaba en la última página, escondido. Solo alguien muy cercano, alguien que revisara sus cosas íntimas, podría saberlo.

Por primera vez en toda la conversación, Carlos parpadeó dos veces seguidas. Fue un gesto mínimo, casi imperceptible, pero Lalita llevaba meses estudiando sus microexpresiones.

—Eso no prueba nada —dijo, pero su voz había perdido medio grado de seguridad.

—No. Pero esto sí. —Lalita señaló discretamente hacia el estante donde una de las cámaras estaba oculta—. Cada palabra de esta conversación está siendo grabada. Y esta vez, Carlos, sí tengo las copias. En tres servidores distintos. Encriptadas. Fuera de tu alcance.

El silencio que siguió fue tan denso que parecía sólido. Carlos la miró fijamente, sus ojos procesando información a velocidad vertiginosa. Luego, para sorpresa de Lalita, sonrió. No una sonrisa nerviosa, sino genuina, casi orgullosa.

—Brillante —dijo con suavidad—. Realmente brillante, Lalita. Usaste mi propio método contra mí.

—¿Eso es todo? ¿No vas a negarlo?

—¿Para qué? —Se levantó despacio y caminó hacia la ventana, dándole la espalda—. Ya me atrapaste. O eso crees.

Se giró de nuevo hacia ella, y su expresión había cambiado. Ya no era el investigador encantador ni el académico seductor. Era algo más frío, más verdadero.

—El problema, Lalita, es que tú también cruzaste todas las líneas. Te obsesionaste conmigo. Me seguiste, me grabaste sin consentimiento, manipulaste situaciones para obtener respuestas. Violaste protocolos éticos de investigación. —Se acercó un paso—. ¿Quién dirá, en un tribunal, que no inventaste todo esto por despecho? Por una fascinación enfermiza que se volvió obsesión.

Lalita sintió cómo el piso temblaba bajo sus pies. Había anticipado este argumento, pero escucharlo en voz alta le dio una dimensión nueva.

—Tengo testigos. Tengo los registros de acceso al laboratorio. Tengo la pericia caligráfica de la nota de Valeria.

—Tienes una obsesión. —Su voz era casi compasiva ahora—. Y eso, querida Lalita, en un tribunal se llama falta de objetividad. Se llama contaminación de evidencia. ¿Cuántas veces nos reunimos a solas? ¿Cuántas conversaciones privadas tuvimos? ¿Cuántas veces me

buscaste tú? —Sonrió—. Yo solo tendría que decir que te enamoraste de mí, que te rechacé, y que esto es venganza. Mi abogado haría trizas tu credibilidad en veinte minutos.

Lalita sintió el pánico trepar por su garganta, pero lo controló. Había una razón por la que había preparado todo tan meticulosamente.

—Entonces —dijo con voz firme, sacando su teléfono—, que lo decida un juez. Porque esta conversación también está siendo transmitida en vivo al doctor Salcedo, quien está escuchando desde su oficina. Y él es testigo de que acabas de admitir que podrías construir una narrativa falsa sobre mí. Eso se llama intento de obstrucción a la justicia.

La máscara de Carlos se resquebrajó completamente. Por primera vez, Lalita vio rabia pura en sus ojos. No la rabia explosiva de las personas comunes, sino la fría y calculada de quien acaba de perder una partida de ajedrez que creía ganada.

—Eres más lista de lo que pensé —dijo con voz tensa.

—No. Solo aprendí de ti.

—¿Y qué aprendiste exactamente?

—Que los monstruos siempre necesitan ser los más inteligentes del cuarto. Y que esa necesidad es su perdición.

Carlos caminó hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo. Se giró hacia ella con una expresión que Lalita nunca olvidaría: una mezcla de admiración, odio y algo que casi parecía respeto.

—Esto no ha terminado —dijo.

—Sí lo ha hecho. Solo que tú aún no lo aceptas.

—Nos parecemos más de lo que quieres admitir, Lalita. Tú también disfrutaste este juego. Tú también sentiste el poder de manipular la conversación, de controlar las variables. —Su voz se volvió un susurro—. La diferencia entre tú y yo es que yo lo acepto.

—No. La diferencia es que yo sé cuándo parar.

Carlos rio suavemente, sin alegría. —¿De verdad crees eso?

Y salió del laboratorio, dejando la puerta abierta.

Lalita permaneció sentada durante varios minutos, temblando. No de miedo, sino de la descarga de adrenalina acumulada. Revisó que las grabaciones estuvieran completas, que la transmisión al doctor Salcedo hubiera funcionado. Todo estaba en orden.

Había ganado.

Pero cuando cerró su libreta amarilla y vio su reflejo en la ventana oscura del laboratorio, no pudo evitar preguntarse: ¿cuánto de él había en ella ahora?

Observación #31: cuando atrapas a un monstruo, siempre llevas algo de él contigo. La pregunta es: ¿cuánto puedes cargar antes de convertirte en espejo?

Esa noche, en su departamento, escribió la última entrada antes de entregar todo a las autoridades:

"El reflejo se rompió. Pero no sé si fue solo el suyo. Cada vez que lo estudié, él me estudiaba a mí. Cada vez que creí manipularlo, él plantaba una semilla de duda. Gané el juego, pero el precio fue mirarme al espejo y reconocer cuánto disfruté jugándolo.

Los espejos no mienten. Solo reflejan lo que ya está ahí, esperando ser visto."

A la mañana siguiente, entregó toda la evidencia a la policía judicial. El doctor Salcedo la acompañó, atestiguando todo lo que había escuchado. Las grabaciones fueron periciadas, validadas, admitidas como prueba.

La trampa había funcionado.

Pero Lalita sabía que Carlos tenía razón en algo: ella también había cruzado líneas que nunca pensó cruzar. Y esa verdad la acompañaría siempre, como una grieta invisible en su propia imagen.

Observación final del Capítulo 7: "En toda cacería, el cazador lleva la marca de su presa. Yo atrapé a un psicópata. Pero él me enseñó a pensar como uno. Y esa es una lección que no se olvida."

CAPÍTULO 8 — El precio de la verdad

El arresto ocurrió una semana después, en plena clase de Neurociencias Aplicadas.

Lalita no estuvo presente, pero Zoé le contó cada detalle con una mezcla de horror y fascinación: dos oficiales entraron al auditorio cuando Carlos explicaba la teoría de la cognición social, mostraron la orden judicial y lo esposaron frente a doscientos estudiantes atónitos. Él no opuso resistencia. Simplemente sonrió, como si todo fuera parte de un experimento social más amplio, y caminó hacia la salida con la misma parsimonia con la que daba sus cátedras.

—Fue escalofriante —dijo Zoé—. No parecía asustado. Parecía… curioso.

Lalita asintió en silencio. Conocía esa mirada. La había visto docenas de veces.

Los días previos al juicio fueron un torbellino mediático. La prensa lo llamó "el caso del gaslighter académico", "el doctor del control mental", "el asesino invisible". Las redes sociales se dividieron violentamente entre quienes lo defendían —"genio incomprendido", "víctima de una estudiante obsesionada"— y quienes lo condenaban —"monstruo con título", "psicópata de manual"—.

Lalita se mantuvo al margen de todo. Desactivó sus redes, ignoró llamadas de periodistas y rechazó tres ofertas para contar su historia en programas de televisión. El doctor Salcedo la protegió como pudo, dando declaraciones oficiales en su nombre y filtrando solo la información necesaria.

Pero la universidad era otro asunto. Los pasillos se llenaron de miradas, susurros, juicios silenciosos. Algunos la veían como heroína; otros, como la estudiante obsesionada que arruinó la carrera de un profesor brillante. Lalita aprendió a caminar con la cabeza alta y los oídos sordos.

Observación #32: la verdad nunca es bienvenida cuando incomoda a los poderosos.

El juicio comenzó un lunes gris de noviembre. La sala estaba abarrotada: periodistas, estudiantes, colegas académicos, curiosos. Carlos entró esposado pero sereno, con un traje impecable que sus abogados le habían conseguido. Saludó con la cabeza a algunos conocidos, como si estuviera en una conferencia y no en un tribunal.

Lalita ocupó un asiento en la tercera fila, acompañada del doctor Salcedo. Llevaba su libreta amarilla, aunque ya no necesitaba anotar nada. Solo quería tenerla cerca, como un amuleto.

La fiscal, una mujer de cuarenta años llamada Patricia Dávila, abrió el caso con precisión quirúrgica. Explicó la cronología de los hechos: la muerte de Ramiro, la manipulación sistemática de Valeria, las evidencias recopiladas por la señorita Thompson, las grabaciones, los testimonios.

Cuando mencionó el nombre de Lalita, todas las miradas se volvieron hacia ella. Carlos también. Sus ojos se encontraron por un segundo, y ella vio algo que no esperaba: no odio, sino una especie de reconocimiento. Como si dijera: "Lo hiciste bien."

Observación #33: algunos criminales respetan más a quien los atrapa que a quienes los dejan libres.

El abogado defensor, un hombre corpulento de apellido Garza, construyó su estrategia sobre tres pilares: falta de evidencia física, testimonios circunstanciales y la supuesta obsesión de Lalita Thompson. Su argumento era simple pero efectivo: Carlos Arteaga era un investigador brillante que había mantenido relaciones profesionales con sus estudiantes, y que una de ellas —traumatizada por un rechazo romántico— había fabricado una narrativa criminal para destruirlo.

—Señorías —dijo Garza con voz grave—, lo que tenemos aquí no es un caso de asesinato, sino de proyección psicológica. La señorita Thompson, estudiante de último año con ambiciones académicas, se obsesionó con mi cliente. Cuando él mantuvo límites profesionales apropiados, ella interpretó eso como rechazo y construyó una fantasía persecutoria.

Lalita sintió la sangre hervirle, pero se mantuvo inmóvil. El doctor Salcedo le apretó el hombro en señal de apoyo.

Cuando llegó su turno de declarar, Lalita caminó hacia el estrado con las piernas temblorosas pero la voz firme. Juró decir la verdad y se sentó frente al micrófono.

La fiscal la guio con preguntas precisas:

—Señorita Thompson, ¿cómo conoció al acusado?

—En el laboratorio de Neurociencias, después de la muerte de Ramiro del Río.

—¿Y qué la hizo sospechar de él?

—Su comportamiento. No mostraba las reacciones emocionales esperadas ante una tragedia. Solo fascinación clínica.

—¿Fascinación?

—Sí. Como quien observa un experimento exitoso.

Garza objetó inmediatamente. —¡Especulación! La testigo no puede leer la mente del acusado.

El juez sostuvo la objeción, pero el comentario ya había quedado registrado.

La fiscal continuó. —¿Puede describirnos su relación con Valeria Méndez?

—Ella me buscó porque sentía que algo no estaba bien en su relación con el doctor Arteaga. Me dijo que la hacía dudar de su cordura, de sus recuerdos. Que la aislaba sistemáticamente.

—¿Y usted qué hizo?

—Le di mi número. Le dije que me llamara si necesitaba ayuda. Me llamó la noche que murió.

Un murmullo recorrió la sala. Lalita respiró hondo antes de continuar.

—Me dijo que habían peleado, que él le había dicho que necesitaba medicación, que estaba "delirando". Pero ella sabía que no estaba loca. Me lo dijo. —Su voz se quebró apenas—. Y luego él llegó. Ella no quería verlo, pero él tenía llave.

—¿Y usted fue?

—Sí. Llegué veinte minutos después. Él ya estaba ahí, en el pasillo. Demasiado tranquilo. Y cuando entramos... ella estaba muerta.

El silencio en la sala era absoluto.

Entonces llegó el turno del contrainterrogatorio. Garza se acercó a ella con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Señorita Thompson, ¿es cierto que se reunió con mi cliente en múltiples ocasiones fuera del horario académico?

—Sí, como parte de mi investigación.

—¿Investigación autorizada?

—Investigación personal.

—¿Investigación u obsesión?

—Investigación —respondió con firmeza.

—¿Es cierto que usted instaló cámaras ocultas sin orden judicial?

—Es cierto.

—¿Y que grabó conversaciones privadas sin consentimiento?

—Sí.

—¿Es cierto que usted misma admitió sentir "fascinación" por mi cliente?

Lalita lo miró directamente. —Fascinación científica. Como la que siente un oncólogo por un tumor.

Hubo risas contenidas. El juez golpeó el martillo.

Garza no se inmutó. —Señorita Thompson, ¿alguna vez mi cliente la agredió físicamente?

—No.

—¿La amenazó verbalmente?

—No directamente.

—¿Tiene alguna prueba física de que él administró drogas a Valeria Méndez?

—No.

—¿Tiene testigos que lo vieran en el momento de la supuesta administración?

—No.

—Entonces, ¿qué tiene exactamente?

Lalita lo miró sin pestañear. —Tengo sus propias palabras. Describiendo exactamente cómo lo hizo.

—Palabras en una conversación privada que usted grabó ilegalmente.

—Palabras que coinciden con los hechos documentados en dos muertes.

Garza sonrió. —O palabras que usted interpretó convenientemente para ajustarse a su narrativa.

La fiscal objetó, pero el daño estaba hecho.

Cuando Lalita bajó del estrado, sentía las piernas como gelatina. El doctor Salcedo la esperaba afuera de la sala.

—Lo hiciste bien —dijo.

—No me siento bien.

—Nunca se siente bien. Pero era necesario.

Los días siguientes fueron un desfile de testigos. Compañeros de Valeria que confirmaron su deterioro emocional. El guardia que encontró a

Ramiro. Peritos caligráficos que analizaron la nota de suicidio. Psicólogos forenses que evaluaron las grabaciones de Carlos.

Y finalmente, llegó el turno del acusado.

Carlos Arteaga subió al estrado con la misma serenidad con la que daba clases. Habló durante dos horas. Negó todo con elocuencia perfecta. Convirtió cada acusación en malentendido, cada prueba en coincidencia, cada testimonio en exageración emocional.

Fue brillante. Carismático. Casi convincente.

Hasta que la fiscal reprodujo las grabaciones del laboratorio 3.

La voz de Carlos llenó la sala, nítida y clara:

"Primero, sembraría duda. La duda es la semilla de la autodestrucción. Haría que la víctima cuestione su percepción..."

El silencio fue sepulcral.

La fiscal lo miró directamente. —Doctor Arteaga, esas son sus palabras, ¿correcto?

—Sí, pero fuera de contexto.

—¿Qué contexto justifica describir paso a paso cómo inducir a alguien al suicidio?

—Era una discusión teórica. Académica.

—Una discusión muy específica. Casi como si tuviera experiencia personal.

Garza objetó furiosamente, pero la semilla ya estaba plantada.

El juicio duró tres semanas. Los alegatos finales fueron apasionados de ambos lados. La fiscal pintó a Carlos como un depredador intelectual que usaba su brillantez para manipular y destruir. Garza lo defendió como un académico víctima de una estudiante obsesionada y un sistema que no entiende la complejidad de la mente humana.

El jurado deliberó durante cuatro días.

Cuando regresaron a la sala, Lalita sintió que el corazón se le saldría del pecho. Miró a Carlos una última vez. Él estaba sereno, con las manos cruzadas sobre la mesa, como si esperara los resultados de un examen.

—¿Han llegado a un veredicto? —preguntó el juez.

—Sí, su señoría.

—¿Cómo encuentra al acusado en el cargo de homicidio doloso?

El portavoz del jurado se aclaró la garganta.

—Culpable.

La sala explotó. Gritos, llanto, aplausos, protestas. El juez golpeó el martillo repetidamente pidiendo orden.

Lalita no se movió. Solo observó a Carlos.

Él no mostró emoción. Ni sorpresa ni rabia. Solo asintió levemente, como quien acepta una hipótesis que ha sido probada. Luego giró la cabeza y la miró directamente.

Y sonrió.

No fue una sonrisa de derrota. Fue una sonrisa de reconocimiento. Como si dijera: "Jugaste mejor. Esta vez."

Observación #34: algunos criminales entienden el castigo como una validación de su importancia.

La sentencia fue leída dos semanas después: veinticinco años de prisión sin posibilidad de libertad condicional durante los primeros diez.

Lalita no asistió. No quería verlo encadenado. No quería darle esa última victoria.

En cambio, esa tarde fue al cementerio donde habían enterrado a Valeria. Dejó flores blancas sobre su tumba y se sentó en el pasto húmedo.

—Lo atrapé —susurró—. No sé si eso te trae paz, pero era lo que podía hacer.

El viento movió las hojas de los árboles. Lalita cerró los ojos y, por primera vez en meses, lloró.

No por Carlos. Ni siquiera por Valeria.

Lloró por ella misma. Por la inocencia que había perdido. Por las líneas que había cruzado. Por haber mirado tan profundo en el abismo que el abismo ahora vivía en ella.

Observación #35: ganar no siempre se siente como victoria. A veces se siente como sobrevivir.

Esa noche, en su departamento, abrió su libreta amarilla por última vez. En la última página escribió:

"Hoy terminó el juicio. Carlos Arteaga fue declarado culpable.

Debería sentir triunfo, pero solo siento vacío.

Porque sé la verdad que nadie más puede ver: él no perdió. Solo cambió de escenario.

Y yo no gané. Solo sobreviví.

El espejo se rompió, pero los fragmentos siguen reflejando.

Y cada vez que me miro, veo un poco de él mirándome de vuelta.

Ese es el precio de la verdad: que una vez que la encuentras, ya no puedes dejar de verla.

Ni siquiera en ti misma."

Cerró la libreta, la guardó en un cajón y apagó la luz.

Mañana empezaría su vida de nuevo. Pero nunca sería la misma persona que era antes de conocer a Carlos Arteaga.

Porque los espejos rotos nunca se reparan completamente.

Solo aprenden a reflejar con las grietas.

Observación final del Capítulo 8: "La verdad tiene un precio. Y yo acabo de pagar el mío con la moneda más cara: mi propia inocencia."

Epílogo: Observación final

Seis meses después.

La sala de visitas de la prisión federal olía a desinfectante y desesperanza. Lalita nunca pensó que volvería a este lugar, pero la carta había llegado una semana atrás, escrita con la caligrafía impecable que reconocería en cualquier parte:

"Querida Lalita:

Han pasado seis meses y supongo que tu tesis ya está terminada. Me pregunto si incluiste un capítulo sobre mí o si prefieres fingir que nunca existí.

Te propongo un último experimento: una conversación final. Sin grabadoras, sin jurados, sin máscaras.

Solo dos mentes brillantes frente a frente.

Te espero el sábado a las 10:00. Si no vienes, entenderé que elegiste la cobardía sobre la curiosidad.

Afectuosamente,

S."

Lalita había roto la carta en pedazos, pero tres días después rehízo el rompecabezas y la releyó. El doctor Salcedo le había advertido que no fuera —"No le debes nada, Lalita"—, pero ella sabía que no era cuestión de deuda. Era cuestión de cierre.

O tal vez, admitió en un momento de honestidad brutal, todavía sentía esa fascinación enfermiza que la había llevado a perseguirlo desde el principio.

Observación #36: algunas adicciones no se curan. Solo se administran.

Ahora estaba aquí, sentada frente a una mesa de metal gris, esperando. Las manos le sudaban apenas. Se había puesto jeans y una blusa sencilla, nada que él pudiera interpretar como un intento de impresionar. Llevaba su libreta amarilla en el bolso, aunque se había prometido no sacarla.

La puerta metálica se abrió con un chirrido.

Carlos entró escoltado por un guardia. Llevaba el uniforme naranja de los prisioneros, pero de alguna manera lo hacía ver como si fuera una elección de moda. Había perdido peso, su cabello estaba más largo, pero sus ojos seguían siendo los mismos: intensos, calculadores, vivos.

Se sentó frente a ella sin dejar de mirarla. El guardia se alejó a una distancia prudente.

—Viniste —dijo Carlos con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Pensé que tendrías más autocontrol.

—Y yo pensé que tú tendrías más sentido común que escribirme desde prisión.

—El sentido común es para la gente común. —Se recargó en la silla—. Te ves bien. Más delgada. ¿No has dormido?

—Duermo lo suficiente.

—¿Pesadillas?

Lalita lo miró sin responder. No le daría esa satisfacción.

Él sonrió, como si el silencio fuera respuesta suficiente. —Yo tampoco. Duermo perfectamente. Es curioso, ¿no? Tú atrapaste al monstruo, pero eres tú quien no puede dormir.

—No vine aquí para tus juegos psicológicos, Carlos.

—Entonces, ¿para qué viniste?

Buena pregunta. Lalita se la había hecho cien veces en el camino hacia acá.

—Para cerrar el círculo —dijo finalmente—. Para verte sin el escenario del juicio, sin las cámaras, sin la actuación.

—Ah, buscas autenticidad. —Carlos se inclinó hacia adelante—. ¿Y qué crees que vas a encontrar? ¿Remordimiento? ¿Redención?

—Nada. Solo quiero ver si eras real o si todo fue una actuación.

Él la observó largo rato, como si estuviera decidiendo cuánta verdad revelar. Finalmente habló con una voz más baja, más íntima:

—¿Quieres saber la verdad, Lalita? La verdad que nadie escuchó en el juicio?

—Siempre he querido la verdad.

—Está bien. Te la diré. —Cruzó los brazos sobre la mesa—. Valeria iba a dejarme. Había encontrado mensajes en mi computadora, evidencia de que estaba manipulando sus percepciones. Era inteligente, más de lo que le di crédito. Y cuando se dio cuenta, cuando finalmente vio con claridad... no pude permitirlo.

Lalita sintió que el aire se volvía más denso.

—No fue por amor —continuó Carlos—. Fue por control. Porque si ella se iba, si contaba lo que sabía, todo mi trabajo, toda mi investigación, toda mi reputación... se destruiría. —Hizo una pausa—. Así que esa noche fui a su departamento. Llevé vino con benzodiacepinas, suficiente para relajarla pero no para matarla. Le dije lo que quería oír: que la amaba, que tenía razón, que necesitaba ayuda. Ella me creyó. Siempre me creía.

—Y luego —susurró Lalita.

—Y luego le sugerí que descansara. Le di las pastillas. Le dije que la despertaría en unas horas y hablaríamos con calma. Ella tomó dos, por voluntad propia. Yo me quedé ahí, viéndola dormir. Y cuando su respiración se hizo más lenta, más profunda... simplemente me fui.

—La dejaste morir.

—Le permití morir —corrigió—. Hay una diferencia. Yo no la maté. Solo... no la salvé.

El silencio que siguió fue como una losa de cemento sobre el pecho de Lalita.

—¿Y Ramiro? —preguntó con voz apenas audible.

Carlos suspiró, como si recordar fuera un esfuerzo tedioso. —Ramiro descubrió mis notas sobre manipulación conductual. Quiso confrontarme, amenazó con ir al comité de ética. No podía permitirlo. Así que durante semanas lo convencí de que era paranoico, de que estaba proyectando sus propios miedos. Lo aislé de sus amigos, de su familia. Le hice creer que estaba perdiendo la cordura. Y una noche, después de una sesión particularmente intensa donde le mostré "evidencia" falsa de que estaba desarrollando esquizofrenia... él decidió que era mejor terminar todo.

—Tú escribiste la nota.

—Yo la mejoré. Él había empezado una, pero era demasiado coherente. La reescribí para que pareciera el último acto de un hombre desesperado. Y limpié. Ordené. Creé la escena perfecta.

Lalita sintió náuseas. —¿Y nunca sentiste nada?

Carlos inclinó la cabeza, considerando la pregunta. —Sentí curiosidad. Fascinación por ver si mi hipótesis era correcta: que la mente humana puede ser programada para autodestruirse. Y tenía razón.

—Eres un monstruo.

—No. Soy un científico. —La miró con intensidad—. La diferencia es el contexto moral que tú le aplicas.

Lalita negó con la cabeza, sintiendo las lágrimas acumularse. —¿Por qué me dices esto? ¿Por qué ahora?

—Porque tú ganaste el derecho a saberlo. —Carlos sonrió con algo que casi parecía calidez—. Fuiste la única que me vio realmente, Lalita. La única que jugó el juego hasta el final. Te mereces la verdad completa.

—No la quiero.

—Sí la quieres. Por eso viniste.

Y tenía razón. Maldita sea, siempre tenía razón.

Lalita respiró profundo, luchando por mantener la compostura. —¿Alguna vez sentiste algo real por mí?

La pregunta la sorprendió incluso a ella misma. No había planeado hacerla.

Carlos la miró durante un largo momento. Por primera vez, su máscara pareció caer completamente.

—Sí —dijo con voz suave—. Sentí respeto. Admiración. Y algo parecido al miedo. Eras la única persona que podía seguirme el ritmo, la única que podía ver a través de mis estrategias. —Hizo una pausa—. Si hubiera sido capaz de amar, habría sido a ti.

Las palabras cayeron como piedras en agua quieta.

—Pero no eres capaz —dijo Lalita.

—No. Y tú lo sabías desde el principio.

Observación #37: las verdades más dolorosas son las que siempre supimos pero nos negamos a aceptar.

Lalita se levantó despacio. Ya no había nada más que decir.

—Adiós, Carlos.

Él también se puso de pie. —Lalita, antes de que te vayas... una última pregunta.

Ella se detuvo.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué fuiste tú quien me atrapó? ¿Por qué no la policía, no otro investigador, sino tú?

—Porque fui lo suficientemente inteligente.

—No. —Carlos sonrió—. Porque eres lo suficientemente parecida a mí.

Lalita sintió que el piso se movía bajo sus pies.

—La diferencia entre tú y yo —continuó él— es que yo acepto lo que soy. Tú todavía finges ser otra cosa. Pero las mismas neuronas que te permitieron atraparme son las que te hacen capaz de hacer lo mismo que yo. Solo que tú las llamas "justicia" y yo las llamo "curiosidad científica".

—No somos iguales.

—Sigue diciéndotelo. Tal vez algún día lo creas.

Lalita se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. El guardia se acercó para escoltar a Carlos de vuelta.

—¡Lalita! —gritó él antes de que la puerta se cerrara.

Ella se detuvo, pero no se giró.

—Cuida ese espejo. Los reflejos rotos siguen siendo reflejos.

La puerta metálica se cerró con un golpe final.

Lalita caminó por el pasillo de la prisión, salió al estacionamiento, subió a su auto. Solo cuando estuvo segura de que nadie la veía, dejó que las lágrimas cayeran.

No por él. Por ella misma.

Porque sabía que tenía razón.

Había algo en ella que lo entendía demasiado bien. Algo que disfrutaba del juego, de la manipulación, del control. Durante meses había fingido que solo era investigación científica, que solo era justicia. Pero en sus momentos más honestos, en las noches de insomnio, sabía la verdad:

Una parte de ella había disfrutado cada momento.

Observación #38: el mayor horror no es descubrir al monstruo. Es descubrir cuánto de él vive en ti.

Dos semanas después, Lalita defendió su tesis: "Conducta no verbal en sujetos bajo estrés moral: un análisis del gaslighting como método de control psicológico".

Fue aprobada con mención honorífica.

El doctor Salcedo la felicitó con orgullo. Zoé organizó una fiesta. Sus padres vinieron desde Guadalajara. Todos la celebraban como la estudiante brillante que había expuesto a un criminal.

Pero esa noche, sola en su departamento, Lalita abrió su libreta amarilla por última vez.

En la última página escribió:

"Observación final:

Hoy defendí mi tesis. Hoy me convertí oficialmente en psicóloga. Hoy todos me felicitaron por atrapar a un psicópata.

Pero nadie me preguntó qué dejé de mí en el proceso.

Nadie me preguntó cuántas veces he ensayado conversaciones en mi mente, calculando cada palabra para manipular las respuestas.

Nadie me preguntó cuántas veces me he sorprendido analizando a las personas como variables, no como humanos.

Nadie me preguntó si, cuando me miro al espejo, todavía me reconozco.

Carlos me dijo que somos iguales. Yo lo negué.

Pero cada día que pasa, cada vez que me sorprendo pensando como él, calculando como él, viendo el mundo como un tablero de ajedrez donde las personas son piezas...

Me pregunto si no tenía razón.

Los psicópatas no mueren. Solo cambian de escenario.

Y a veces, el escenario está dentro de uno.

Atrapé al monstruo.

Pero el monstruo me enseñó a pensar como él.

Y esa es una lección que nunca podré desaprender.

El espejo está roto.

Y en cada fragmento, veo un poco de él mirándome de vuelta."

Lalita cerró la libreta, la guardó en una caja junto con todas las notas del caso, y la selló.

Mañana empezaría su residencia en psicología clínica. Ayudaría a personas. Haría el bien.

Pero sabía que nunca podría escapar completamente de la sombra que Carlos Arteaga había proyectado sobre ella.

Porque los espejos rotos no se reparan.

Solo aprenden a reflejar con las grietas.

Y ella, lista o no, tendría que vivir con esas grietas por el resto de su vida.

Miró por la ventana hacia la ciudad nocturna. En algún lugar allá afuera, en una celda fría, Carlos probablemente estaba sonriendo.

Porque había ganado algo que ninguna condena podía quitarle:

Había dejado su marca en ella. Para siempre.

Observación final absoluta: "En toda cacería, el cazador lleva la marca de su presa. Yo atrapé a un psicópata. Pero él me enseñó a pensar como uno. Y cada noche, cuando cierro los ojos, veo su reflejo en el mío. El espejo se rompió. Pero los fragmentos siguen reflejando. Y algunos reflejos nunca se borran."

FIN